BOLETIN OSAR

AÑO 8 - N° 18

DICIEMBRE 2002

Presentación

Con la valiosa presencia de Mons. Juan María Uriarte, obispo de San Sebastián (España), a quien conocíamos por haber sido ya invitado en una oportunidad a nuestro país por la Comisión Episcopal de Ministerios, tuvo lugar en Villa Cura Brochero, Córdoba, del 3 al 5 de septiembre, el III Encuentro Nacional de Sacerdotes. El tema tratado fue: "El presbítero, signo sacramental de Cristo Pastor", y participaron más de 400 sacerdotes de las distintas de las diócesis de la Argentina -algunas de las cuales hicieron coincidir su Semana del presbiterio con este encuentro-. Ofrecemos aquí las exposiciones de Mons. Uriarte, al considerar que podía ser provechosa su lectura para nuestra propia formación permanente, como así también para iluminar el horizonte de la formación inicial de nuestros seminaristas en su camino hacia el ministerio.

Cabe señalar una vez más que la figura sacerdotal del cura Brochero y la marca espiritual que aún hoy se aprecia de su ministerio pastoral en Traslasierra, ofrecieron a los sacerdotes que participaron de este encuentro el marco adecuado para renovar su deseo de santidad y de entrega por el Reino.

Ofrecemos además en este número del Boletín la crónica del VIII Encuentro de Teología Pastoral, que tuvo por tema "La realidad argentina: lecturas teológicas". Este año se realizó en La Falda, Córdoba, el día 18 de julio, como parte de la XXI Semana Argentina de Teología.

También en La Falda tuvo lugar, del 2 al 4 de agosto, como es ya tradicional, el Encuentro anual de Directores espirituales. Se trató sobre la lectio divina en sus aspectos teóricos y prácticos, a fin de introducir y acompañar a nuestros seminaristas en el camino espiritual desde la Palabra de Dios. El P. Roberto Mercier tuvo a su cargo la animación de esos días.

Incluimos en este número noticias de las regiones y la nueva conformación de la Comisión Episcopal de Ministerios.

Después de un año tan difícil para nuestra patria, nos unimos en este Adviento para implorar al Señor su presencia salvadora: precisamos su alivio y fortaleza. Lo invocamos con la esperanza de que transforme nuestros corazones para que pueda nacer una nación cuya identidad sea la pasión por la verdad y el compromiso por el bien común. Que la Virgen, que siempre camina junto a nosotros, nos enseñe cómo debemos disponernos, junto a nuestro pueblo, para abrirnos a esta gracia.

Comisión Directiva OSAR

III Encuentro Nacional de Sacerdotes
Introducción General

2 al 6 de Septiembre de 2002

Mons. Juan María Uriarte

Por gentileza de la Revista Pastores, publicamos a continuación las conferencias de Mons. Juan María Uriarte, obispo de San Sebastián, España, realizadas en el III Encuentro Nacional de Sacerdotes realizado en Villa Cura Brochero, del 2 al 6 de septiembre.

El obispo y el presbítero somos un haz de relaciones que configuran nuestro perfil espiritual y pastoral. Tales son: la relación con Cristo y su Espíritu; la relación con la comunidad cristiana universal y particular, (presbiterio, obispo, laicado); la relación con el mundo, (la secularidad).

De esas relaciones brota un estilo específico de vivir nuestra triple misión de hombres de la Palabra, de celebrantes, y de guías de la comunidad. Brota asimismo una manera específica de vivir nuestra virtudes teologales, y las demás virtudes cristianas.

Y obispos y presbíteros hemos de vivir estas relaciones de manera específica. El cura no es un religioso rebajado, ni es un laico promocionado. Es cura, y basta. Tiene la grandeza y la limitación de ser cura. Tiene un estatuto teológico propio y esta llamado a una espiritualidad peculiar que no es exactamente la del laico, ni la del religioso ni la del monje, aunque todas ellas tengan un fondo común cristiano. El cura vive las mismas relaciones fundamentales que los demás cristianos pero con un estilo particular. También, desde luego en su relación con Cristo. Esta relación será el tema central de nuestros encuentros y de mis exposiciones.

No soy teólogo ni soy pastoralista: soy un pastor. La intención básica de estas Jornadas es profundizar en la espiritualidad, en nuestra espiritualidad, en un clima orante y fraterno. Por tanto no esperéis de mí, exposiciones de profunda teología ni propuestas pastorales luminosas. Ni soy capaz de ello ni convendrían al espíritu con que se han concebido las Jornadas. Lo que pretendo es únicamente extraer de la Palabra de Dios y de la Teología un alimento que nutra nuestra espiritualidad y la adapte realmente a nuestro ministerio.

III Encuentro Nacional de Sacerdotes
1ra Conferencia

El presbítero, signo Sacramental de Cristo Pastor

1.- El Presbítero, signo

El concepto de signo es no es un concepto bíblico, sino eclesiástico y teológico. El Vaticano II hace de él una amplia utilización tanto en Lumen Gentiun 28, como en Presbyterorum Ordinis 12. También el magisterio eclesial posterior: (cfr. Pastores Dabo Vobis, sobre todo en los nros. 21-23).

Es preciso que tengamos una comprensión adecuada de este concepto magisterial y teológico. Para ello os presentaré una breve introducción sobre el concepto teológico.

1. ***Introducción teológica***

   Jesucristo no es el Fundador difunto de la Iglesia, sino su Pastor viviente. A ella le está comunicando continuamente su libertad de Resucitado, su fortaleza, su alegría pascual, su adhesión al Padre, su paciencia para soportar las dificultades, y su amor a los hermanos, sobre todo a los más pobres.

   Diríamos que la relación que la Iglesia tiene con Jesucristo Pastor, no es la relación que tiene un edificio con su constructor. Un hermoso edificio vive independientemente de su constructor y probablemente tendrá una existencia o una subsistencia ulterior a la vida y a la muerte de quien lo ha hecho. No es, pues. una buena comparación pues la de Jesucristo constructor de la Iglesia.

   Es mejor comparar, Jesucristo con un Manantial del que nace continuamente el río de la Iglesia. El río de la Iglesia está naciendo continuamente de ese manantial que es Cristo, Es Cristo el que da al río de la Iglesia la capacidad de realizar sus cuatro misiones fundamentales: orar, vivir fraternalmente, anunciar el evangelio y servir a la sociedad, sobre todo a los pobres. Estas son las cuatro grandes misiones de la Iglesia que Jesús Muerto y Resucitado suscita continuamente en ella.

   Pero Jesucristo Pastor, manantial viviente de este río continuo que es la Iglesia realiza este servicio respetando, prolongando, y aplicando la encarnación. Lo realiza, por ello, mediante signos humanos y materiales que lo hacen presente, patente y operante en su comunidad.

   El gran signo de Jesucristo, Pastor, es la Iglesia misma. Toda la Iglesia en su variedad reproduce las riquezas del rostro de Cristo. Cada creyente según su vocación particular acentúa algunos rasgos de este rostro. Unos acentúan al Cristo orante, como los contemplativos. Otros acentúan el rasgo de Cristo consagrado a los marginados, como tanta gente que ahora en Argentina se está preocupando de los más pobres, de los más desheredados. Otros representan a Cristo trabajador de Nazareth, como los operarios de los diversos niveles de trabajo del mundo. Otros representan el rostro de Cristo sufriente, como los enfermos, o aquellas personas que llevan una cruz sobre sus hombros (que somos casi todos). Otros representan al Cristo médico, como el personal sanitario; otros al Cristo pobre, como por ejemplo los Hermanitos y Hermanitas de Foucauld y las Congregaciones que subrayan la vivencia de la pobreza.

Todos estamos llamados a reflejar, al menos de manera modesta, el mayor número posible de rasgos del rostro de Cristo. Pero cada uno está llamado a vivir más intensamente y más preferencialmente algunos rasgos del rostro del Señor. Pues bien, hay un grupo de creyentes llamados, enviados y consagrados por el Señor, por su espíritu, para reproducir los rasgos de *Cristo Pastor*. Somos los obispos, y los presbíteros.

Sin embargo los obispos y presbíteros no somos signo *exclusivo* de Cristo Pastor. Una Madre Provincial cuya Congregación tiene 200 comunidades en el ancho mundo, y las va visitando en los distintos continentes, habla con cada hermana, arregla los problemas, suscita el amor en las comunidades, conforta a los miembros más débiles, de alguna manera vive una función análogamente pastoral. En este sentido no somos un signo*exclusivo* de Cristo pastor, pero si somos el *signo intensivo y sacramental*. Somos signo mediante un sacramento y por tanto en nosotros, en los presbíteros y obispos, se realizan y se condensan con especial intensidad y publicidad los rasgos de Cristo Pastor de su comunidad, y, a través de su comunidad, del mundo entero.(Ya que la mirada de Cristo pastor no se acaba en los límites de la Iglesia).

Nuestra vocación por tanto consiste en poner a disposición de Cristo nuestra persona, nuestro corazón, nuestra preparación, nuestras cualidades, nuestro tiempo, nuestra oración para que Jesucristo pueda ser, a través de nuestra vida y ministerio, Pastor de su comunidad. Nuestra misión es hacer presente, patente y operante en su comunidad y en el mundo a Cristo Pastor.

Evidentemente este servicio que prestamos a Cristo y a la comunidad es *básico y vital*para la comunidad cristiana. Hemos dicho que la comunidad eclesial está en este mundo para orar, para vivir fraternalmente, para servir a la sociedad y para anunciar el evangelio. Para realizar tal misión esta comunidad necesita que Cristo la alimente con su Palabra, la enriquezca con los sacramentos la guíe con sus orientaciones, la unifique y la impulse. Los creyentes que forman la Iglesia, así alimentados, están básicamente preparados para que el Espíritu siembre en ellos todos los carismas: el carisma de curar, de educar, de transformar la sociedad, de la vocación política, de la vocación sindical o social. Todos ellos capacitan para vocaciones importantes en el mundo humano. Con estos Carismas se enriquece la Iglesia y la sociedad.

En suma: para que la Iglesia pueda cumplir su cuádruple misión necesita unos servicios básicos: el servicio de la palabra, el servicio de los sacramentos, el servicio de la orientación de la comunidad. Cristo pastor, comunica a la Iglesia estos servicios básicos, a través de un grupo de personas, de un grupo de creyentes, de un grupo de seguidores que son los sacerdotes.

Tal vez una comparación nos ayude a entender todavía mejor esta afirmación: supongamos un hotel, un colegio, un hospital, un simple campamento de verano. Para que el hotel, aloje bien, para que el hospital cure, para que el campamento del verano o el colegio eduquen, es preciso que en todos estos lugares funcionen los servicios básicos: la electricidad, la cocina, la limpieza, la dirección. Sin ellos no pueden dedicarse a lo suyo. Son el servicio de intendencia. Los curas y los obispos somos *el servicio de intendencia de la Iglesia*: aquel grupo de creyentes, a través de los cuales Cristo pastor, comunica a su iglesia los servicios básicos de la Palabra, de los Sacramentos, de la dirección, dinamización y cohesión de la comunidad, necesarios para que la comunidad cristiana se dedique a lo suyo: a orar, a dar testimonio, a anunciar el evangelio, a servir a la sociedad, a vivir fraternalmente.

En los presbíteros y obispos, se hace presente, patente y operante Cristo Pastor, que a través de ellos ofrece estos servicios básicos.

2. ***Las tres características del signo: referencia, transparencia, proexistencia***

a. La referencia: es decir, la relatividad.

Todo signo es relativo siempre apuesta a algo distinto de sí mismo: lo significado. Eso es lo importante. No el signo, sino el significado. Nosotros somos necesarios en la Iglesia, pertenecemos a la estructura de la Iglesia y nuestros servicios son necesarios para que esa Iglesia se estructure, y se re-estructure continuamente. Somos necesarios en la Iglesia, pero somos relativos, somos referencia a otro.

A veces se contrapone la necesidad y la relatividad, y no es así. Hay cosas muy necesarias que son muy relativas, y este es nuestro caso. ¿Por qué somos relativos? En primer lugar, porque somos signos de *otro*, de Jesucristo. En segundo lugar, porque somos un signo *para otros*, para la comunidad y para el mundo. Y en tercer lugar, porque somos un signo con otros: todos los obispos y presbíteros somos un único signo. El Concilio Vaticano II ha llegado a decir que el obispo y su presbiterio son un único sacramento, un único signo sacramental que significa y favorece la unidad de toda la diócesis.

Somos signo de otro, signo para otros, signo con otros. Precisamente porque somos signo, nosotros no producimos la salvación, no salvamos a nadie. La misma expresión *alter Cristus* puede entenderse mal si induce a esta interpretación. El Papa no la utiliza muchas veces. Porque nosotros, más que*alter Cristus* (como reemplazantes de Cristo), somos el *alter ego de Cristo Pastor*. Esta expresión, el alter ego de Cristo Pastor, salva mejor la alteridad!. Nosotros no somos una encarnación de Jesucristo. Esta expresión refleja mejor la alteridad y al mismo tiempo la dependencia que tenemos respecto a Cristo. No somos el Cristo actual.

A la luz de este primer rasgo podemos ya extraer alguna conclusión espiritual: qué improcedentes y qué incoherentes son en un presbítero la arrogancia y el personalismo. Si somos un signo, marcado por esa triple relatividad, no podemos permitirnos el lujo de ser arrogantes, ni podemos permitirnos el vicio de ser personalistas. El arrogante no tiene conciencia de su relatividad. Dice de sí mismo: "aquí estoy yo, y donde estoy yo está la salvación". El personalista cree que él es el que salva, se cree el salvador. Del general De Gaulle se contaba que, al orar, en vez de decir "Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío", decía "Sagrado Corazón de Jesús, confía en mí". El arrogante y el personalista tienen esta tendencia vital.

b. La transparencia

Un signo es algo transparente que evoca algo distinto. Un signo opaco que no "dice"nada, que no remite a nada es la negación misma del signo. "Que quien me mire te vea": esta es la vocación de todo signo. Tanto la actividad ministerial como la vida personal del presbítero han de evocar y reflejar a Jesucristo Pastor. En la conducta y ministerio del pastor han de resplandecer la misericordia, la generosidad, la preocupación por los débiles, la abnegación, la confianza en el Padre, el amor del Buen Pastor.

c. La pro-existencia

Es una palabra que ha pasado al vocabulario teológico desde la teología alemana. Denota un modo de vivir y actuar, que consista en "existir para". El fondo humano espontáneo, primario y originario (que podemos observar especialmente en los niños) es preferentemente aunque no exclusivamente egocéntrico. La razón, la voluntad, la educación, los ideales, la responsabilidad, van educando este egocentrismo y desarrollando lo que la psicología llama el alocentrismo, que es la capacidad de preocuparse de los otros, de amar a los otros, de vivir para los otros.

Hay determinadas experiencias en la vida que nos ayudan a pasar del egocentrismo al alocentrismo. Una es el amor conyugal por el que otra persona se convierte en referencia ineludible para mí. Otra es la paternidad, que despierta generosidad y preocupación por los hijos. Otro es la amistad que "descentra", en el buen sentido de la palabra y nos induce a un amor de benevolencia y preocupación por el amigo. También la adhesión a causas nobles nos impulsa a pasar al registro de algo que trascienda nuestra persona.

Todo esto desarrolla el alocentrismo y controla nuestro egocentrismo. Utilizo deliberadamente la palabra "controlar" ya que el egocentrismo no desaparece nunca. Incluso no sería psicológicamente saludable que desaparecieran del todo. El ideal de la vida cristiana no es que se diluya y se deshaga el foco del egocentrismo. Sucede, sin embargo que al estar éste impulsado, por el pecado del mundo y el pecado original, a extenderse y a afianzarse más, hace falta controlarlo.

El carisma del presbítero va en esta dirección. La gracia sacramental recibida, al comunicarnos la capacidad para tener las vivencias de Cristo Pastor, ensancha nuestras estrechas actitudes egocéntricas y nos equipa interiormente para vivir generosamente, gratuitamente, en favor de los demás.

El carisma presbiteral, recibido en la ordenación, dilata nuestra oblatividad y nos da energías y capacidades para ir controlando y superando en buena parte este egocentrismo que no es tan común y tan connatural. Nos ayuda a poner a los demás en un punto de referencia muy importante. Nos ayuda a pasar de esta pregunta: "que me pasará a mí?", a esta otra pregunta: "qué les pasará a los demás?"

Luther King, en un precioso comentario a la parábola del Buen Samaritano (que escribió cuando estaba preso en la cárcel Alabama), se pregunta cuál es la diferencia entre el sacerdote y el levita que pasaron de largo junto a aquel malherido y el samaritano que se detuvo ante él. La diferencia no está en que los dos primeros no sintieron nada y el tercero sintió compasión. Ante aquel malherido la pregunta que se hicieron el sacerdote y el levita fue esto: "¿qué me pasará a *mí* si ayudo a este hombre?" La respuesta era obvia: explicaciones ante las autoridades del templo, mi montura totalmente ensangrentada, complicaciones con el servicio del orden...Y "dando un rodeo" -dice el texto- pasaron adelante.

¿Cuál fue la pregunta que se hizo el samaritano?. ¿Qué le pasará a *este hombre* si yo no le ayudo? Cuando se va operando esa transformación del "¿que me pasará a mí?" al "¿qué les pasará a los demás?" estamos en esa dinámica que es favorecida en nosotros ya por la gracia bautismal, y específicamente en nosotros por la gracia sacerdotal.

2.- El presbítero, signo sacramental

No somos un signo cualquiera, sino un signo sacramental. O con otras palabras, somos sacramento de Cristo. Estamos acostumbrados a afirmar que hemos recibido el sacramento del orden. Pero no estamos tan acostumbrados a decir y a gustar que ese sacramento del orden nos hace sacramentos vivientes de Cristo Pastor.

a. Esta afirmación significa, en primer lugar, que estamos marcados por dentro con los rasgos de Cristo Pastor. La imagen de Cristo Pastor ha quedado grabada en nuestro perfil espiritual. El sacramento nos configura y nos da un perfil espiritual, análogo, semejante al de Cristo Pastor. No se trata de una simple llamada desde fuera, ni una misión encargada desde fuera. Dios cuando llama, transforma por dentro. Al llamarnos y enviarnos, el Espíritu Santo por el sacramento del orden, nos consagra y transforma interiormente y nos capacita para cumplir nuestra misión. Por eso decimos que estamos marcados sacramentalmente.

b. Esta transformación es una verdadera consagración. No somos ni sucesores, ni sustitutos, ni mediadores de Cristo Pastor. Nosotros no sucedemos a Cristo. No somos continuadores de su obra. Cristo sigue operante, nosotros no sucedemos, mucho menos lo sustituimos, ni somos intermediarios entre Cristo y los cristianos. Nosotros somos unos mediadores "de segunda", junto al mediador "de primeras": Nuestra misión es más modesta pero al mismo más directa. Nosotros lo hacemos presente en las tareas de nuestro ministerio, lo hacemos visible a los ojos de la fe de nuestros hermanos y hacemos posible incluso que lo entrevean personas alejadas de la fe pero no exentas de nobles inquietudes. Hacemos presente la Palabra de Jesús, la entrega de Jesús, la orientación de Jesús, las actitudes de Jesús.

c. En suma: Somos signos, pero signo sacramental. No solamente evocamos a Cristo como un mapa nos puede recordar a un país, sino que lo hacemos presente, patente y operante. Curiosamente somos mediación de Cristo pero le hacemos inmediatamente presente en la comunidad. Ahí está la paradoja: somos mediación de Cristo, pero una mediación que lo hace inmediatamente presente en las comunidades. Es algo difícilmente comprensible, que los teólogos y los antropólogos del signo buscan explicar sin "explicarse" del todo. Algo intuye ya la vieja teología con la distinción entre signum quo, signum quod, signum in quo.

3.- El presbítero, signo sacramental de Cristo Pastor

Decir de los sacerdotes que somos signo sacramental de Cristo Pastor, significa que hay rasgos y actitudes que no pueden faltar en nuestra vida de pastores.

El rasgo básico es nuestra identificación vital con Cristo Pastor. El amor de un presbítero a Cristo Pastor es un amor de identificación. La psicología profunda distingue dos tipos de amor. El amor de identificación y el amor de comunión. (no lo llama así la psicología profunda, pero resulta más familiar para nosotros esta denominación)

Por el amor de identificación, el niño que quiere y admira a su padre, o el muchacho que adora a su ídolo deportivo quiere reproducir en su vida los signos o los rasgos que encuentra en la vida de la persona querida y admirada. El amor del presbítero a Cristo tiene como uno de sus componentes, el mas

diferencial, el amor de identificación. Este amor comporta la voluntad de que en nuestra vida se encarnen las actitudes, los comportamientos, las acciones de Cristo Pastor.

El amor de comunión es el amor que nos induce a acercarnos a una persona, a conseguir su amistad, a entregarnos a ella, a desear que ella se nos entregue. El emblema de este tipo de amor es el amor conyugal.

Naturalmente que los dos tipos de amor, se dan en el corazón de un presbítero respecto a Cristo. Pero el característico, el diferencial, el específico, es sobre todo el amor de identificación.

He aquí el rasgo general y global. Bajo la cobertura de este rasgo general hay otros a través de los cuales el presbítero asume su condición de ser signo sacramental de Cristo Pastor. Son rasgos recogidos de la Biblia.

a. La confianza (II Tim 1,6-14):

   Si El es el que salva, es normal que nuestra confianza este puesta en El. El texto de Pablo a Timoteo es un texto fundacional para los curas. Vale la pena estudiarlo exegéticamente y, asimilarlo espiritualmente y ponerlo en práctica pastoralmente.

b. La misericordia (Lc 15,1-7):

   La misericordia es una modalidad del amor. Es el amor que se encuentra con la miseria, del otro, de la persona querida. Cuando el amor se encuentra con la miseria de la persona querida se transforma, adquiere la modalidad de la misericordia. Misericordia es una cualidad del amor pastoral, la más acentuada por los textos bíblicos.

   ¿Cómo podríamos describir esta misericordia? La misericordia es la capacidad de dejarnos afectar y movilizar por el sufrimiento, por la pobreza, por la miseria moral y espiritual, por el pecado de los demás. La misericordia es el rasgo central de Cristo Pastor. Cristo tuvo una intención básica en su vida: que sus gestos y sus palabras reflejaran al Yahvé Pastor que había sido reflejado en Ezequiel y en Jeremías en el Antiguo Testamento.

   Porque la misericordia es un rasgo central, su contrasigno sería un cura insensible, duro, tal vez recto, tal vez justo, tal vez muy honesto, tal vez incluso muy amigo de la verdad y de la exactitud de todas las afirmaciones y expresiones de la fe. Pero si con todo eso, que es muy importante, hay en él insensibilidad, dureza, pasividad ante las necesidades de la gente, este cura es el negativo del Pastor del Nuevo Testamento. Es más profundamente pastor aquel que, incluso con debilidades, practica la misericordia, que aquel pastor "perfecto" que no la practica. La misericordia es más importante que la "perfección" entendida como impecable cumplimiento escaso en amor. Un pastor que hace de sus propias debilidades una escuela para aprender a sintonizar con las debilidades de los demás es un pastor que está en la línea de la misericordia. Cuidemos esa sensibilidad y ese dinamismo propia de la misericordia.

c. La generosidad (I Pedro 5,1-4):

   He aquí otro texto "fundacional" para obispos y presbíteros. Los religiosos suelen conocer sus constituciones de arriba abajo, con todas sus comas, en su versión original. Nosotros, los

presbíteros, tenemos los "textos fundacionales" en el Nuevo Testamento. Ellos deberían ser objeto de nuestra exégesis, de nuestra espiritualidad y de nuestra oración meditativa. Deberíamos estar empapados de estos textos. El que voy a comentar es uno de ellos. En él Pedro nos recomienda tres actitudes fundamentales.

- 1º Realizar nuestro servicio, no coaccionados por un duro sentimiento del deber, sino por amor espontáneo.
- 2º No por intereses, sean económicos o de otro estilo, sino generosamente.
- 3º No por afán de dominar, sino con espíritu de humilde servicio.

La generosidad no consiste en una ausencia de intereses o aficiones personales. El cura tiene derecho a su propio ámbito de relaciones, incluso a su vida privada. Necesita esos espacios de amistad, de contacto con la naturaleza, de música, de lecturas, de aficiones. Necesita que todo eso le oxigene para que no se produzca en él una "saturación psíquica".

Pero también es importante que ni el interés económico, ni la voluntad de controlar, ni la búsqueda de la propia comodidad sean factores que tengan demasiado relieve en nosotros. Ni siquiera la necesidad de sentirme confortado en mi autoestima a través de la estima que otros me muestran. Un pastor ha de buscar la estima de los demás, pero ha de ser lúcido para saber qué está buscando con esa estima: si está buscando una relación pastoral más viva o está buscando compensar, de alguna manera, sus propios espacios de inseguridad interna. Es saludable este ejercicio de lucidez. No para menospreciarnos más, sino para conocernos mejor.

A veces uno observa en la vida de los presbíteros, que su generosidad se puede convertir casi en un puro sentido del deber. El cura pasa regularmente por varias etapas. Al principio busca el *éxito*, porque necesita demostrarse a sí mismo que "vale para ser cura". Pasados unos años, si va bien, empieza a buscar la *fecundidad*: que se noten los frutos de lo que hace. Sólo más tarde, cuando el Espíritu va realizando nuestra tarea, pasa de la búsqueda de fecundidad a otra actitud más profunda: la fidelidad. Jesucristo comprendió especialísimamente en su vida pública que el Padre le pedía fidelidad y no éxito inmediato. Cuando un cura o un obispo ha llegado a esa situación esta interiormente mejor equipado para afrontar las frustraciones y las decepciones que juntamente con las alegrías existen en toda vida pastoral.

d. La abnegación (I Cor 4,8-15):

Es algo, que aunque ligado a la generosidad, difiere parcialmente de éste. Consiste en la capacidad y disposición de sacrificarnos por la comunidad y por sus miembros siempre que esto sea necesario, conveniente para ellos. Por eso supone, no sólo generosidad sino espíritu constante y sacrificado. Busca siempre lo que sea mejor para la comunidad o para sus componentes. Da perseverancia a nuestra fidelidad.

Con razón la teología de la gracia de San Agustín subraya aquello que después el mismo Concilio de Trento recogió: que uno no puede perseverar durante mucho tiempo en la gracia recibida, sin especial auxilio de Dios. La perseverancia, el "frescor" del carisma sacerdotal, las ganas de ser cura a los 20 o 25 años de haberme ordenado, el deseo de servir incluso más limpio y menos impregnado de otras búsquedas en nuestro ministerio, es una gracia especial que no es acogida por todos los sacerdotes en su vida ministerial.

Todos conocemos la existencia de una arterosclerosis fisiológica. Hay también una arterosclerosis espiritual que puede aparecer cuando ya un cura no tiene nada que "estrenar",

cuando todo empieza a sonarle a repetido y cuando las expectativas que se había hecho sobre el éxito quedan recortadas. Entonces la fidelidad tiene que revestirse de la abnegación, que da perseverancia a nuestra acción, a nuestro ministerio. Y esta abnegación es fruto de una juventud espiritual posibilitada por el carisma presbiteral.

Al cura Brochero, como intercesor, le hemos de pedir que realmente mantenga el frescor de nuestro ministerio. Ser fiel a los 10, a los 15, y a los 25 años de ministerio, cuando uno ha experimentado sus propias debilidades, cuando está viviendo sus propias pasiones con una hondura y con una llamada de la naturaleza más intensa y más profunda, requiere la virtud de la abnegación. Ella es signo y al mismo tiempo causa de ese frescor espiritual.

No hay una cosa más bella que un cura con 25 años o 30 años de ministerio, fresco, con ganas, con ánimo, con aliento. No hay nada más bello que esto. Así os lo deseo a todos vosotros.

e. La actitud testimonial (I Cor 4,8-15):

La actitud testimonial es una característica muy importante en la vida del presbítero. Lo propio del presbítero en su condición de signo, le hace ser testigo. El texto relativo para ayudarlos a orar nos presenta la actitud testimonial de Pablo. Jesucristo quiere realizar su misión de Pastor no solo a través de las acciones de nuestro ministerio, sino también de nuestra misma persona. Esta voluntad testimonial, cuando impregna nuestra vida, es reflejo de la unidad de toda nuestra persona en torno al eje de nuestra misión de pastores. Cuando tal sucede, la vida y el ministerio del sacerdote destilan una pasión y una fuerza que son percibidas por muchos de los miembros de nuestras comunidades.

La actitud testimonial es exigencia connatural de nuestra condición de signo. Un signo personal de Cristo es, por coherencia con su propio ser, un testigo.

III Encuentro Nacional de Sacerdotes
1ra Conferencia

Seguir a Jesús como presbíteros

Una breve introducción:

La vocación de ser signo sacramental de Cristo Pastor entraña la necesidad del seguimiento. El nuevo Testamento no conoce una distinción entre la vida ministerial y la vida privada del pastor de tal manera que pueda haber una incoherencia profunda entre ambas. El presbítero queda vinculado a Cristo, a través del sacramento del bautismo primero, y del sacramento del orden después. La vinculación a Cristo tiene un nombre en los Sinópticos: "seguimiento" Ser signo de Cristo Pastor reclama seguir a Jesucristo. Nuestra especial vocación modula y modela específicamente los rasgos del seguimiento.

1.- Los rasgos del seguimiento de Jesús

¿Qué es seguir a Jesús? ¿Cuáles son los rasgos del seguimiento de Jesucristo?

a. La seducción: (Textos en Mt 4,20; Mc 1,18; Gal 1,16.)

   El seguidor de Jesucristo (y alguien que es sacramento de Cristo Pastor es un seguidor cualificado de Jesucristo), es una persona atraída, encandilada, maravillada, por la persona de Jesucristo. Los relatos del Nuevo Testamento nos reflejan esta seducción con una expresión característica: "al instante". Encontramos esta expresión en varios textos. De tal manera que un teólogo italiano, (Mongillo) pueda decir "seguidor es aquel que se sorprende trasformado en el amor y se deja conducir y llevar por esa misteriosa "atracción" que funda la libertad, orienta en las opciones, sostiene en las realizaciones, hace despreocuparse de los cálculos, desencadena fidelidad e inventiva y construye el nosotros de la comunidad de seguidores".

   En el nuevo Diccionario de Espiritualidad, en el artículo sobre el ministerio presbiteral, están consignadas estas preciosas palabras. Comentarlas sería muy atractivo y provechoso. Yo voy a seguir otro camino un tanto diferente.

   La expresión "al instante" aparece en muchos momentos de la vocación de Jesús al seguimiento. Por ejemplo: "al instante Mateo se levantó". O en Pablo: "cuando Dios me eligió y tuvo a bien revelarme a su Hijo y hacerme su mensajero, al instante, sin consultar, a la carne ni a la sangre me dirigí...." etc.

   Esta expresión "al instante" refleja ese momento único que tantos hemos vivido y que nos ha marcado para toda la vida. Este momento suele ser a veces toda una fase inicial y se reproduce en fases o períodos importantes de nuestra vida. Todos los aquí presente tenemos alguna experiencia de haber sido "seducidos" por el Señor, no sólo al comienzo, sino también a lo largo de la vida, en momentos importantes que han dejado su marca en nosotros.

b. La profunda intimidad:

Seguir a Jesús es entablar con Él una profunda intimidad. El texto que puede ayudarnos a comprender con mayor profundidad lo que voy a decir es este: Jn 21,15-19.

La seducción inicial es, como en tantos procesos de amor, el primer paso. Es el paso del maravillamiento que existe en todo proceso de verdadero enamoramiento.

Más adelante la persona de Jesús llega al corazón y se planta en el centro mismo de la vida. Este es el segundo momento. Sin una profunda intimidad con el Señor no hay un auténtico seguimiento. No es suficiente que su mensaje me parezca excelente y digno de ser anunciado. No es suficiente que su programa me resulte movilizador. Es la persona del Señor la que, en el seguimiento, se erige en centro de atracción y de amor.

Este amor a Jesucristo, segunda característica del seguimiento, es diferente según los temperamentos. En algunos temperamentos predominará la ternura, en otros el apasionamiento, en otros una adhesión vital, firme, pero sobria en afecto. Sin embargo un seguidor es siempre un amigo, no un simple trabajador a destajo. Hemos sido llamados para estar con El, para amarlo y trabajar con El y por El.

Todos los siglos de la historia están cuajados de testimonios vigorosos y conmovedores de este amor característico del seguimiento. Un obispo de los albores de la Iglesia, Ignacio de Antioquía, próximo a morir martirizado en el año 107 en Roma, escribía a los Romanos que querían conseguir del emperador una bula que le librara del martirio, diciéndoles: "ahora empiezo a ser discípulo, que ninguna cosa visible, ni invisible, se oponga a que yo alcance a Jesucristo. Fuego y cruz, quebrantamiento de huesos, vengan a mí a condición sólo de que alcance a Jesucristo. Para mí es mejor morir en Jesucristo que reinar en todos los confines de la tierra. A Aquél quiero, que murió por nosotros. A Aquél amo, que resucitó por nosotros".

c. La confianza ilimitada:

El seguimiento entraña asimismo una confianza ilimitada y absoluta en Jesús, en sus palabras, en su promesa.

Un texto que puede ayudarnos a comprender este rasgo es Mt 14,24-34. Relata aquella escena en la que Pedro sobre el mar vive el flujo y el reflujo de la confianza y la desconfianza cuando el Señor le invita junto a si sobre las aguas. Un bello retrato para nosotros porque esta confianza ilimitada y absoluta en El, en sus palabras, en sus promesas, es una adquisición progresiva en el seguidor. Los doce y Pedro conocen vaivenes, regresiones y avances en este caminar hacia la confianza ilimitada.

La confianza absoluta comporta domesticar esa nativa desconfianza del corazón humano de entregarse del todo a alguien, sobre todo si ese alguien es impalpable. La confianza ilimitada y absoluta en Jesucristo consiste en preferir las promesas de Jesús a las garantías del mundo. Es fiarse más de los criterios de Jesús, que de las "evidencias" del mundo. Un creyente de nuestro siglo, el Padre Teilhard de Chardin, pocos días antes morir en Londres escribía en su diario íntimo estas palabras: "En las manos que han sido taladradas, en esas manos que sólo se han abierto para acoger y para bendecir, en esas manos por las que pasa un amor tan grande es confortador entregar el espíritu".

d. La asimilación de los valores de Jesús:

La relación personal del seguimiento no es un simple movimiento afectivo como el suscitado por el amor y la confianza. Afecta también a otra capa de la persona, la capa estimativa, la capa que aprecia y capta los valores. Seguir a Jesús es abrirnos a los valores de Jesús, sintonizar con los valores de Jesús.

Puede ayudarnos en la oración la Parábola del Tesoro en Mt 13,44-46. La persona que encuentra un tesoro llena de alegría, vende todo lo que tiene, renuncia a todo lo que tiene para poder adquirirlo. Y no lo hace con la impresión de haber realizado un acto heroico para quedarse tranquilo, pero en el fondo triste. No, lo hace con alegría.

Seguir a Jesús es hacer que los grandes valores que gobernaban la vida de Jesús se conviertan en valores que gobiernen la vida de los seguidores. El gran valor del amor al Padre, de la espera ardiente del Reino de Dios, del cuidado por formar la comunidad, de la debilidad por los pobres (tan actual y necesaria en esta Argentina sacudida por una crisis que no había conocido en toda su historia).

Seguir a Jesús significa interiorizar, asimilar, los valores que movieron la vida, la conducta y las opciones de Jesús.

e. La identificación con el proyecto salvador de Jesús:

Cuando seguimos a Jesús no solamente comprometemos nuestra afectividad, y nuestra capacidad estimativa, sino también comprometemos nuestra capa *decisoria y resolutiva*.

Para el seguidor resulta decisivo "buscar y hallar la voluntad de Dios" como decía Ignacio de Loyola y tan bien conocía el cura Brochero.

La invitación de Jesús a seguirlo lleva consigo una invitación a incorporarnos a su proyecto. El no nos dice simplemente "venid conmigo", sino "venid conmigo y los haré pescadores de hombres". Entraréis en mi proyecto (Mc 1,17). La expresión "pescadores de hombres", a la luz de la literatura rabínica que la utiliza, según nos dice Joakim Jeremías, significa el oficio de liberar, sanar, dar alegría a los seres humanos. Es entrar en la misión de Jesús.

No hay seguimiento de Jesús sin misión. Quien se cree seguidor de Jesús, y se desentiende de la misión liberadora y salvadora y se despreocupa de los sufrimientos de un pueblo y de su grito de "pan y de trabajo", no es un seguidor de Jesús. Y quien se despreocupa de su misión salvadora de su hambre religiosa, de su sed de Dios, de su deseo de aprender, de orar, de comprometerse, no es un seguidor de Jesús. Sufre un espejismo lamentable y peligroso porque no hay seguimiento sin misión.

Pero tampoco hay misión sin seguimiento. La misión se convierte en un activismo egocéntrico o a lo sumo en una pura actividad generosa cuando falta el componente interior del seguimiento. La mística sin compromiso es un misticismo de dudosa ley, pero el compromiso que nace sin mística o la va descuidando deriva en un activismo sin espíritu. Como decía el escritor francés Charles Péguy: "todo comenzó en mística y acabó en política".

f. La aceptación del destino de Jesús:

Seguir a Jesús significa asumir no sólo el proyecto de Jesús, sino el destino de Jesús. Un texto importante para asimilar este punto es Mt 10,34-39. "El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí". O Lc 14,27: "quien no carga con su cruz y se viene tras de mí no puede ser mi discípulo".

El proyecto de Jesús lleva aparejado, como un elemento consustancial a el, un destino. Y este destino pasa por el sufrimiento, pasa por la cruz, pasa por la muerte. Aunque no termina en la muerte sino en la resurrección. El destino de Jesús consistió como nos dice un teólogo español: "Una fidelidad tal a su Padre y en una solidaridad con la gente que llevó a escandalizar a unos, a irritar a otros, hasta generar casi el vacío a su alrededor". El destino del seguidor de Jesús tiene un parentesco irremediable con el de su Señor, "el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí" (Mt 10,34-39)

Curiosamente en el inicio del seguimiento descubríamos la seducción, con el atractivo que provoca. Aquí topamos con un segundo elemento de todo seguimiento: la contradicción. La secuencia del seguimiento es siempre seducción, contradicción, consolación.

Y esta contradicción en la vida del sacerdote seguidor, surge de muchos flancos. Quien hoy se toma en serio los criterios de Jesús en torno al dinero, a la seguridad propia, a la sexualidad, a la vinculación a la familia eclesial, a los marginados, será tachado de inflexible o a veces de permisivo. Resultará molesto, tal vez incluso dentro del mismo presbiterio. Y si se atreve a ejercer la crítica social, pasará a ser un aguafiestas detestado. Nacerán en él todos los miedos: miedo a quedarse solo, miedo a ser rechazado, miedo a la esterilidad. Le asaltará la duda de si no estará exagerando o no estará simplemente equivocado, o por lo menos dejándose llevar de determinadas tendencias cuasi paranoides del propio temperamento.

Algo de esto entrevemos tal vez en San Juan 12,27-32, sobre todo en el versículo 32: "ahora mi alma esta turbada". Necesitará el seguidor la fidelidad que le ayude a apaciguar sus miedos interiores y a resistir a las dificultades exteriores sin amargarse, sin endurecerse, sin acomplejarse, sin empecinarse, sin claudicar.

g. La entrega a la comunidad de Jesús:

Seguir a Jesucristo no es una aventura individual, sino una empresa comunitaria. Entre los seguidores de Jesús se crea un grupo humano que se convierte para cada uno en algo incluso más importante que la propia familia. Entenderemos que la familia es importante, que no debemos descuidar los vínculos con nuestra familia, pero reconoceremos que la relación con los otros seguidores es más importante que los mismos lazos de la sangre. En términos técnicos tomados de la antropología estructural de Levi Strauss, diríamos que, en el seguidor, la estructura comunitaria se antepone a la estructura de parentesco. La familia voluntaria creada por los seguidores se torna incluso más vital y más cercana que la misma familia natural. Tres textos son decisivos y clarificadores: Mt 12,46-50; Mc 10,29-30; Lc 14,25-27.

Este rasgo del seguimiento resultó, en la práctica, insuperable para muchos a los que Jesús llamó en su vida pública. El episodio del joven rico resulta emblemático (Mc 10,17-31), Dicen algunos exegetas autorizados que el estilo tajante de Jesús, cuando en este contexto del seguimiento habla de la familia, se debe probablemente a las dificultades que Jesús tuvo con las familias de sus seguidores.

Emanciparse y distanciarse de la familia era en aquel contexto cultural mucho más difícil que en nuestro tiempo, en el que los hijos viven más sueltos de los vínculos familiares. La familia de seguidores se convierte así en un ambiente propicio para perseverar y progresar en la opción del seguimiento. En concreto, la comunidad cristiana a la que sirvo, la diócesis a cuyo servicio me he ordenado, la familia de los presbíteros de mi propia diócesis, la gran familia de la iglesia universal presidida por el sucesor de Pedro.

El seguimiento no es una tarea de corredor solitario. Necesitamos ambientes propicios de seguimiento. Por eso es tan importante que el cura deje de ser un solitario, para ser una persona que se reúna con sus hermanos los presbíteros, que intercambie su propia vida, que comparta con ellos sus bienes, sus proyectos, sus trabajos.

Como familia de seguidores un presbiterio unido, una diócesis unida, un episcopado unido, no son simplemente ambiente propicio, sino son realización del Reino. Son una realización anticipada y nuclear de la futura gran comunidad de Jesús que todos queremos edificar.

2.- El fruto del seguimiento

El desprendimiento que trae consigo seguir a Jesús no es en absoluto infecundo. Trae sobre todo tres frutos importantes.

a. La unidad interior:

Uno de los motivos más profundos de la insatisfacción de las personas y de la insatisfacción presbiteral y episcopal, es esa especie de división interior, de dispersión interior. Estamos muchas veces internamente divididos y frecuentemente habitados por criterios, deseos e intereses contrapuestos. Confiamos y desconfiamos, deseamos y no deseamos, nos entregamos y nos volvemos atrás. Nos sentimos contradictorios.

Esta contradicción la experimentamos todos los seguidores de Jesús. Pablo describe magistralmente esta contradicción interior en el cap. 7 de la Carta a los Romanos, sobre todo en aquellas palabras: "no hago lo que quiero, sino que acabo haciendo lo que detesto".

El seguidor de Jesús, sin dejar de ser humano y por lo tanto sin dejar de ser incoherente, llega a adquirir por la gracia de Dios un grado notable de unidad interior. La relación singular con Cristo que se instaura por el seguimiento unifica y regula todas las demás relaciones que tejen la vida del ser humano. Todo queda subordinado al seguimiento de Jesús: el amor a la propia familia, los proyectos personales de futuro, el uso del dinero, las ambiciones, la relación con la propia sexualidad. Todo queda jerarquizado por el seguimiento de tal manera que cuando realmente seguimos a Jesucristo algunas cosas de nuestra vida valen más, otras valen menos y todas quedan alteradas, modificadas y reorganizadas por el seguimiento a Jesús.

Esta unidad interior no significa que otras cosas no valgan. Esto es precisamente lo propio del fanático, que descubre un valor de tal manera que quema todos los demás. Lo propio de seguidor de Jesús es que descubre un valor central que reorganiza toda la constelación de valores en torno a él, como el mercader que descubre el tesoro y va reorganizando su misma actividad en torno al tesoro descubierto.

Poniendo una comparación sencilla, es también lo que sucede en un auténtico proceso de enamoramiento. Ese muchacho amigo de las relaciones múltiples y pasajeras, descubre a la

mujer de su vida y resulta que todos los valores de su vida se le alteran. Tenía una carrera a medio terminar y la acaba, porque ese valor "sube" en su escala. Esta persona que tenía unos horarios absolutamente rotos los reorganiza en función de esta persona a la que quiere. Esta persona que empieza a ahorrar lo que malgastaba hasta ahora. Se convierte en alguien cuyo conjunto de valores se reorganizan en torno a este valor central descubierto.

Ese es el seguidor. Ha descubierto a Jesucristo, los valores de Jesús, el proyecto de Jesús, la comunidad de Jesús y ahora toda su vida se reorganiza en torno a este eje central, a este valor central descubierto.

La unidad interior trae consigo esa serenidad y esa paz característica de los grandes seguidores. La alegría de nuestra vida depende en buena parte de nuestra unidad interior. Y la unidad interior de un presbítero se cuaja en el descubrimiento vital de un Señor a quien sigue con todo su corazón y con toda su alma de tal manera que no se concibe a sí mismo sin vivir y entregarse a Él.

b. La fecundidad:

La unidad interior favorece mucho la fecundidad. La unidad interior se produce cuando nuestras energías están concentradas y condensadas en torno a una persona, una comunidad, o una tarea sanante, liberadora y salvadora. Cuando nuestras energías están concentradas ahí, la fuerza que invertimos es mucho mayor. Todos nos sentimos muchas veces sorprendidos de que personas que no son un dechado de cualidades humanas brillantes lleven adelante obras increíbles, mayores que otras personas más dotadas, pero con menos unidad interior.

Hombres como Pablo, o mujeres como Teresa de Calcuta, nos sorprenden por la firmeza y la calidad de su obra. La clave no está siempre en que tengan unas cualidades extraordinarias, sino en que han invertido todo su capital afectivo y vital en torno a la persona de Jesús, su proyecto de Jesús, su comunidad de Jesús, a la que quieren con toda la fuerza de su corazón. La clave está en que han condensado todas sus energías en torno al seguimiento. La parábola del tesoro (Mt 13,44-46) recoge muy bien lo que quiero decir con estas palabras.

c. La alegría:

Pudiera parecer que un seguimiento que pide tanto nos roba la alegría. Justamente sucede lo contrario. El sufrimiento entra inevitablemente en la vida de los seguidores de Jesús. Uno comparte el destino de Jesús, pero ello no implica que deba vivir triste. Por muy paradójico que pueda parecer, la alegría es el estado habitual de los seguidores de Jesús.

Cuesta reconocerlo cuando uno está pasando por una fase de la vida en la que llegar a la fuente de la alegría, resulta un ejercicio costoso y una oración constante. Pero lo contrario de la alegría no es el sufrimiento sino la tristeza. No es lo mismo el sufrimiento que la tristeza.

También en los seguidores, de vez en cuando, se hace presente en ocasiones la niebla de la tristeza. Pero el sol de la alegría es de ordinario el clima propio de los que se atreven a seguir a Jesús. En Jn 16,20-22 se nos dice: "padeceréis, pero os alegraréis con una alegría que nadie os podrá quitar".

Esta es una experiencia que necesitamos. Saber que de Jesús y del seguimiento viene una alegría que nadie nos podrá quitar. La alegría del seguimiento no es privativa de determinados temperamentos mas o menos optimistas o animados. Ni es privativa de que en la vida pastoral me vaya maravillosamente bien o de que la vida social de un pueblo esté mas o menos asentada. Esta alegría es otra cosa. Es una alegría que consiste en sentirnos bien en nuestra propia piel, en ser capaces de comunicar esperanza. Esa alegría la notan más otros que nosotros mismos porque, a través de ella les comunicamos esperanza. Esta alegría consiste en ser propensos a descubrir los aspectos positivos de la realidad en medio del realismo de quien descubre también los aspectos negativos. Consiste en infundir a los demás ganas de vivir, en ser serenos en la contrariedad, e inasequibles al desaliento. Esa es la alegría de la que habla Jesús, de la que habla el Evangelio. La alegría privativa de los seguidores.

Esta alegría prevalece habitualmente incluso en momentos de sufrimiento interior y de contradicción exterior. Y en esos casos adopta una forma más modesta: la consolación. La seducción decíamos es la primer palabra del seguimiento, la contradicción es la segunda palabra del seguimiento, la consolación es la tercera palabra del seguimiento.

Dicen que la alegría es un bien escaso. La alegría no es un bien escaso para los seguidores de Jesús. Lo que son escasos son los seguidores.

3.- El precio del seguimiento

¿Cómo se explica que siendo el seguimiento tan hermosos y tan fecundo sean relativamente escasos los seguidores? La respuesta está en que el precio que hay que pagar resulta costoso al hombre y a la mujer de todos los tiempos. El precio que exige el seguimiento es la libertad. No renunciar a la libertad, sino ser libres. Ese es el precio que exige el seguimiento.

El seguimiento exige:

a. Libertad ante los propios bienes

Tenemos un texto precioso en Mt 4,20-22. Los bienes económicos aportan comodidades, prestigio y poder y pueden despertar en las personas, y a veces en las personas consagradas, una pasión fría que "metaliza" el corazón haciéndolo menos sensible a la llamada de Dios y al clamor de los pobres.

Hoy, en una sociedad con un alto porcentaje de gente que vive bajo el umbral de la pobreza, este es un requerimiento necesario. Ha de conducirnos también a un análisis de nuestros modos de vida para ver si realmente estamos sintonizando con ese pueblo que sufre unas privaciones a las que no estaba acostumbrado. Los bienes económicos nos pueden producir también a nosotros ciertas obsesiones verdaderamente extrañas en un seguidor. El seguidor de Jesús sabe usar con moderación y repartir con generosidad. No hacen falta demasiados bienes, ni muy preciosos, para que nos atrapen el corazón.

Cada uno de nosotros está invitado a descubrir en su vida aquellos bienes que de un modo u otro nos pueden tener encadenados. En estos tiempos en que la solidaridad está generando ejemplos magníficos en vuestro país, la Iglesia está llamada especialmente a hacerse solidaria del drama de la pobreza y de los pobres. Cada uno de nosotros también hemos de analizar nuestro propio modo de vida para ver si hay una sintonía con los pobres. No digo que nos identifiquemos con los últimos que no tienen nada, ya que no podríamos cumplir nuestro

ministerio. Pero sí que revisemos nuestros hábitos para ver si los tenemos que ajustar a esta situación, y ser así mas libres ante los bienes.

b. La libertad ante las situaciones de nuestra vida:

Hay textos preciosos en Lc 9,57-61 y Mc 8, 34-38. El seguimiento reclama libertad ante las situaciones de nuestra vida como puede ser nuestro destino eclesial. Todo el mundo, sobre todo el adulto, necesita de una cierta estabilidad. Pero la estabilidad puede convertirse también en instalamiento. Puede arrancarnos la necesaria libertad, cargar demasiado equipaje a nuestras espaldas. Un cura tiene que ser una persona ligera de equipajes. La estabilidad en si, es un bien, con tal que no se convierta en instalamiento. Pero las situaciones de nuestra vida, nuestro propio destino, etc., pueden convertirse en valores absolutos ante los cuales se puede sacrificar un mayor servicio a los demás. y una disponibilidad, que es actitud básica para comprender y vivir la obediencia nacida de nuestra especial vinculación a Jesús y de nuestra especial consagración a la comunidad de Jesús. A veces no hace falta que el puesto sea muy brillante para que nos aferremos a él.

c. Libertad ante los lazos de la sangre:

La tercera libertad exigida por el seguimiento a Jesucristo es la libertad ante la propia familia. Hemos hecho, y estamos haciendo por el celibato, una oblación de esta tendencia vital a condensar nuestro amor en una mujer y en unos hijos, y a vivir la vida familiar con sus grandes problemas y profundas satisfacciones.

El celibato es algo que supera a las fuerzas humanas y sólo es posible por una especial gracia de Dios. Esta gracia está a nuestra disposición si realmente buscamos la fidelidad y si sabemos también levantarnos de nuestras infidelidades. El celibato es vivido frecuentemente con dificultades, incluso con resbalones. Pero es una ofrenda valiosa si es vivido con voluntad de comprenderlo cada vez mejor como una entrega de la dimensión sexual y afectiva, al Reino de Jesús, a la persona de Jesús y a tanta gente desheredada que no tiene nadie que les quiera en este mundo. Nos permite compartir de alguna manera la suerte de los "proletarios en amor", que son muchos en este mundo.

La familia se merece casi todo menos suplantar a Jesús, que ha de ocupar el primer puesto. Jesús nos ha pedido a nosotros renunciar a formar una familia propia para constituir su familia. Y nos pide mantener la libertad subjetiva y objetiva en la relación con la familia de la que hemos nacido.

Hay dos patologías en este punto. Podemos estar demasiado desconectados de nuestra propia familia de tal modo que no caigamos en la cuenta de lo importante que es para unos padres ya mayores, para unos hermanos que necesitan apoyo, nuestra cercanía, proximidad y encuentro frecuente. Pero también puede haber sacerdotes excesivamente pegadas a sus propias familias o incluso con una cierta dependencia que limita gravemente su ministerio. Hay un texto importante en Lc 14,25-27.

d. La libertad ante sí mismo:

El texto indicado puede ser Mc 10,41-44. Hablamos aquí de la libertad ante las propias aspiraciones y ambiciones. En el corazón humano anida un sano y noble deseo de realizarse personalmente. No debemos escandalizarnos de nuestras aspiraciones, solamente que hemos de pasarlas por el tamiz del Evangelio.

Este deseo de realizarse personalmente es un noble deseo antropológico. Sólo una mala ascesis que se cimenta en un menosprecio de lo humano y no tiene nada que ver con el Evangelio de Jesús, puede anatematizar este deseo sano del corazón humano de realizarse plenamente.

Pero este deseo está, con frecuencia, desorbitado. Bien por el ansia excesiva de brillar, bien por la tentación de competir, bien por la ambición de poder, bien por la pasión de dominar, bien por furia de gozar. Todas estas pasiones pueden desorbitar el deseo de la propia realización.

En suma: seguir a Jesús significa definirse por Él, optar por Él. Y esta opción va impregnando, progresivamente todas las áreas de nuestra vida y nos va dando unidad interior. No es una proeza humana. Es, como diría Bonhoeffer, una gracia cara.

Nosotros somos aprendices de seguidores de Jesús. Aprendices "crónicos" de seguidores de Jesús. Aprendices que no acabamos de aprender del todo. En este aprendizaje encontraremos la fecundidad apostólica, la paz interior y el mayor servicio a la comunidad humana a la que estamos sirviendo.

III Encuentro Nacional de Sacerdotes
3ra Conferencia

Seguidores de Cristo hasta la cruz

Nada mejor, para iniciar esta conferencia, que repetir las palabras de la lectura breve de Laudes de esta mañana: "Llevamos siempre en nuestros cuerpos, por todas partes, el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte, por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2 Cor 4,10-11). Lo dice Pablo, un apóstol, hablando de sí mismo y de sus colaboradores. Seguir a Jesucristo significa asumir el destino de Jesús. Y el destino de Jesús pasa por la muerte y desemboca en la resurrección. Por tanto una adecuada comprensión cristológica del seguimiento de Jesús está postulando la contemplación de la muerte y resurrección del Señor y la actualización de esa muerte y resurrección en nuestra vida y ministerio.

Las grandes realidades cristianas están marcadas por la Pascua, son pascuales de arriba abajo. En todas ellas se realiza el misterio de la muerte y resurrección del Señor. El ministerio ordenado es así un vivo retrato de la Pascua de Cristo en su doble vertiente. La vida y el ministerio del presbítero son una forma de existencia que reproduce de manera singular y específica la Muerte y Resurrección de Jesucristo.

Vamos a asomarnos contemplativamente en esta conferencia a la dimensión de la muerte del Señor y del sufrimiento del Señor para después en la segunda intervención asomarnos a la otra cara del Misterio Pascual, la cara de la Resurrección.

1.- Dos observaciones preliminares

a. La serenidad gozosa y contagiosa de Jesús

   Los Evangelios nos muestran a un Jesucristo pre-pascual profundamente familiarizado al mismo tiempo con la alegría y con el sufrimiento. El talante fundamental de la vida pre-pascual de Jesús no es el dolor. Jesucristo no es una persona que en su vida pre-pascual nos dé una impresión dolorista. No es el dolor, sino la gozosa serenidad, su talante básico y habitual. Jesucristo vive ante sus discípulos y ante la gente una actitud de gozosa serenidad, de admirable gozosa serenidad. Y uno se pregunta, ¿cuál es la clave de esa gozosa serenidad que Jesús destila?

   Los evangelios nos muestran la clave y los exegetas lo reconocen. Jesús tiene una experiencia singularísima de Dios como Padre suyo y Padre de todos. Por algo es el Hijo de Dios desde la eternidad. Y esta experiencia de Dios como Padre y Padre de todos marca a Jesucristo, lo centra, le da unidad interior. Esta experiencia es para él una fuente de gozo. En el evangelio recogemos destellos de este gozo cuando p.e. en Lc 10,21-24 se nos dice "Se llenó de gozó", y exclamó "te bendigo Padre".

   La experiencia de Dios como Padre es en Jesús, fuente de gozo y al mismo tiempo fuente de esperanza. Jesús piensa y siente que si Dios es Padre y su Reino consiste en que las personas le acepten y sean libres, fraternas, dichosas, es más que posible un Israel renovado y extendido a todos los pueblos del mundo. La experiencia de Dios como Padre próximo y fiel y la

consiguiente esperanza del Reino de Dios aseguran la habitual gozosa serenidad de Jesús. Las dos claves, las dos "obsesiones" de Jesucristo, son Dios como Padre y el Reino de Dios como tarea. Esto es lo que asegura la habitual gozosa serenidad de Jesús.

Esta experiencia interior gozosa de Jesús es tan patente y tan contagiosa que el encuentro de la gente con Jesús es fuente de gozo para ella. Tenemos en el Evangelio muchos testimonios. El encuentro de los primeros discípulos en aquella tarde (y, probablemente en la noche), en la que se quedaron con Jesús (Jn 1,35-42); o el encuentro gozoso y reconciliador de Zaqueo (Lc 19,1-10). Jesús transmite gozo y alegría a quienes se encuentran con El. Despierta, excita, toca esa clave, esa fibra, esa cuerda de la alegría que tantas veces está realmente bloqueada e insonorizada en nosotros. En ese sentido transmite a sus seguidores gozo y alegría. Por eso el estado habitual de los seguidores de Jesús es el suyo, el de la gozosa serenidad. El seguidor de Jesús como responsable de una comunidad, como hombre público ante esa comunidad, transmite habitualmente gozo, alegría, anchura de corazón, aliento para abordar los problemas de la vida. ¡Cuánta gente se nos acerca cargada de problemas en estos tiempos duros para vosotros y también para nosotros!. El seguidor de Jesús, presbítero, obispo, realiza esta tarea alentadora sin pretenderlo, sin decirse a si mismo "tengo que trasmitir serenidad". Porque la alegría no es un imperativo categórico. No se trata de "imponernos la obligación" de ser alegres. Eso sale, brota espontáneamente del corazón por nuestra forma de ser, de estar, de hacer, de tratar. Sin pretenderlo hemos de ser transmisores de esta gozosa serenidad.

b. La familiaridad de Jesús con el sufrimiento

Paradójicamente Jesús aparece en el evangelio profundamente familiarizado con el dolor. Jesús sintoniza con el dolor ajeno. La ternura y la compasión fluyen de El como la sangre fluye de la herida.

Hay muchos ejemplos en el evangelio: la muchedumbre postrada y abandonada en Mt 9, 36; la muchedumbre hambrienta en Mt 15,32; los ciegos de Jericó en Mt 20,34; la madre de Naím en Lc 7,13. Todos los que sufren suscitan en Jesucristo compasión y ternura. Jesucristo sintoniza con el dolor, con la situación de las personas y de los grupos sociales.

Esta sintonía sería psicológicamente inexplicable si Jesús no hubiera conocido en su propia vida pre-pascual, en su propia carne, por experiencia propia, el sufrimiento. Su vida de niño, de adolescente, de adulto, su vida en la actividad pública conoció el dolor. Conoció el sufrimiento, conoció la ansiedad, conoció la decepción, conoció las heridas de la convivencia, conoció la sospecha, conoció la amenaza, conoció la conspiración, conoció la persecución. Jesús aparece en el evangelio como una persona realmente familiarizada con el sufrimiento.

Parece una paradoja la gozosa serenidad de Jesús con esta familiaridad con el sufrimiento. Como sucede en las paradojas casi siempre la contradicción es solo superficial. Así como quien ha sobrevolado los Andes ve que allí donde hay grandes picos montañosos hay también grandes abismos así también donde hay alegría, hay sufrimiento, y donde hay sufrimiento puede haber alegría.

Sólo el que tiene capacidad de sufrir tiene capacidad de gozar, porque sufrimiento y gozo tienen un elemento básico en común: la capacidad de sintonizar. El ser humano pierde capacidad de gozar cuando se le anestesia la capacidad de sufrir. El dolor es una experiencia humana fundamental. Como decía Leon Bloy, aquél seglar cristiano de tanta hondura, "el hombre tiene lugares en su propio corazón que no existen hasta que el dolor entra en ellos para que existan". El dolor ensancha por dentro nuestra capacidad de experiencia humana, nos

enriquece. Las personas que han vivido y han asimilado bien el dolor tienen una anchura, un realismo, una humildad, una manera de entender el dolor de los otros y de sentirlo que es palpable y visible.

Tal vez uno de los males del momento presente consiste en anestesiar la capacidad de sufrir, así reducimos y empobrecemos también la capacidad de gozar. El "Valium" (tranquilizante) es la cuarta medicina de consumo mundial.

2.- Los motivos del sufrimiento de Jesús y los nuestros

Vamos a fijarnos ahora fundamentalmente en la vida pública de Jesús. Sus dolores pastorales, sus sufrimientos pastorales, con los cuales se identifica nuestra vida objetivamente y ha de identificarse subjetivamente.

Vamos a preguntar a la Escritura qué es lo que produce dolor a Jesucristo Pastor, con la esperanza de sentirnos retratados en esos motivos y con la voluntad de identificarnos con las actitudes que él adopta ante el sufrimiento.

a. Las dolencias y esclavitudes de la gente (Mc 1,40-45)

En términos evangélicos, hablamos de las enfermedades y las posesiones diabólicas. Desde la experiencia de Dios como Padre que quiere la libertad y la felicidad de la gente, al encontrarse con el dolor masivo, Jesús se siente "sacudido". La experiencia de este dolor y la esclavitud con la que él se encuentra provocan esta reacción. Nosotros sintonizamos con los motivos y actitudes de Jesús cuando sufrimos por el sufrimiento y las esclavitudes de la gente.

Una de las características más ricas y más humanas de nuestro ministerio consiste en este encuentro diario con gente abatida y esclavizada, con el dolor "en vivo y en directo". La experiencia del dolor ajeno nos vuelve a la realidad y nos ayuda a relativizar nuestros propios problemas. Si hay algo que me quita la paz, me angustia, me inquieta, me agobia, el encuentro con un dolor inmensamente superior al mío, con un sufrimiento y una problemática mucho más lacerante que la mía, me hace salir de mí.

Pero puede suceder que por un mecanismo defensivo ese contacto frecuente y masivo con el dolor embote un tanto nuestra sensibilidad y nuestra capacidad de estremecernos ante el sufrimiento y la esclavitud de la gente. Digo estremecernos, no impresionarnos intensamente, porque naturalmente no podemos vivir continuamente impresionados. El psiquismo necesita algún mecanismo de defensa, pero no para amortiguar el dolor sino para hacerlo menos angustioso y al mismo tiempo más profundo. Hemos de cultivar y de pedir esta sensibilidad ante el dolor y el sufrimiento de los demás. Este ha de ser uno de nuestros cuidados.

b. La dureza de corazón de muchos ante Dios y ante El

Las personas integralmente buenas como Jesucristo suelen ser candorosas, (que no es lo mismo que cándidas). Jesús no fue en absoluto cándido, pero fue profundamente candoroso. El candor se sorprende dolorosamente ante el mal encarnado en el corazón de las personas, que las vuelve duras y ciegas. Jesús sufrió este impacto.

Los evangelios nos muestran indicadores de que Jesucristo se sorprendió profundamente al observar qué capacidad de dureza y de ceguera existía en el corazón de algunas personas. Mc 3,5; 16,14; Lc 9,47, muestran esta sorpresa de Jesús, el impacto que recibe Jesús en la vida pública. Esta cerrazón conduce a que la gente no entienda su mensaje. Incluso lleva a muchos a tragiversarlo, interpretando dicho mensaje en clave no religiosa. Por ejemplo, en clave política: "está queriendo levantar al pueblo" , o está "rompiendo las costumbres de esta sociedad". El mensaje de Jesús produjo este tipo de reacciones, Jesús las padeció.

La acusación política fue una de las maneras de desautorizar la interpretación religiosa de Jesús, que será acusado de político y morirá sufriendo el suplicio aplicado a los terroristas: "sea crucificado".

Conocemos, quienes hemos ejercido el ministerio profético, este tipo de tergiversaciones de mensajes que quieren ser evangélicos. Tenemos acceso, los sacerdotes y los obispos, a experiencias de sufrimientos semejantes. Sabemos lo que es "no ser escuchados" y en ocasiones nuestra gente ve ambición donde hay desprendimiento, ve favoritismo donde hay equidad, ve rigidez donde hay simplemente seriedad y coherencia, (por ejemplo en la administración de los sacramentos). En ocasiones incluso nos atribuyen una vida clandestina y nos cuelgan un romance o un hijo por menos que canta un gallo.

c. La agresividad que despierta su mensaje y su conducta (Jn 10,23-31)

Jesucristo es Dios desde le primer momento de su existencia humana en el seno de María. La divinidad del Señor no provoca ningún reparo para que su conciencia humana vaya creciendo y aprendiendo, incluso en su vida pública. Según los exegetas la conflictividad que surgió en torno a Jesús produjo extrañeza en Él mismo. Resulta que Él viene a traer el amor, la tolerancia y la paz, y se encuentra con que su mensaje y su conducta desencadenan agresividad, intolerancia, la guerra contra Él.

Jesús no quiere el conflicto, pero se encuentra con Él. Cuando ese conflicto es patente y agresivo, reduce y orienta su actividad en la segunda parte de su vida pública, pero no desiste de su pretensión y acepta las consecuencias que de este "mantenerse en su misión" se derivan para Él.

Hay tres tipos de personas y de reacciones ante el conflicto. Hay personas que buscan el conflicto movidos por un oscuro fondo temperamental de origen paranoide. Llevan el conflicto dentro de sí, necesitan proyectarlo hacia el exterior para sentirse vivos, necesitan el conflicto para liberarse de sentimientos penosos descargándolos sobre otros a través del mecanismo de la proyección. Es gente que busca el conflicto por el conflicto. Esta gente suele tener la tentación de sentirse profeta, de identificarse con los profetas y de estar en contra de los demás identificándose con la línea profética indudable e importante en la Biblia.

Hay otra clase de personas ante el conflicto: son los que lo rehuyen sistemática y medrosamente. No se sienten capaces de soportar la tensión que el conflicto crea en la relación con las personas. Huyen del conflicto, no pueden soportarlo. Son temperamentos muy "maternales", y un tanto fusionales diría el psicoanálisis.

Hay en fin quienes no lo buscan, pero lo afrontan con mansa firmeza cuando la fidelidad a una persona, a una comunidad, a una causa noble, al evangelio, así lo requiere. Jesús perteneció a

este tercer tipo, Él no buscó el conflicto pero tampoco se "arrugó" ante él. Únicamente no utilizó armas agresivas. Él padeció las consecuencias del conflicto.

Los seguidores de Jesús tenemos que imitarle en esta actitud. Nos encontraremos que nuestro mensaje, nuestra conducta, suscita en el conflicto. Yo no veo que, ni en el país Vasco (mi tierra), ni en la Argentina, sea posible que nuestro ministerio presbiteral y episcopal no nos conduzca en muchas ocasiones a generar un conflicto que no queremos, pero que nace de la exposición profética de la Palabra de Dios. Tenemos que denunciar la corrupción, tendremos que denunciar la violencia que ha matado a 800 personas en mi país a lo largo de estos veinti-tantos años, tendremos que salir a favor de los amenazados. Al mismo tiempo tendremos que decir al gobierno: tortura no, no se puede torturar.

Tendremos que discernir si la nobleza y la importancia de la causa y no nuestro amor propio herido nos pide mantenernos en el conflicto o declinarlo discretamente. Hay veces en que la prudencia pastoral verdadera puede conducirnos a derivar el conflicto en vez de abordarlo. (Jn 10,22-31)

d. El rechazo frontal de su persona, conducta y mensaje por parte de "los justos" (Jn 11,45-54)

A Jesús le condenó la legítima autoridad del momento, los representantes de Dios. Estos "buenos", "legítimos", habían hecho de su mentalidad religiosa, de sus estructuras religiosas, de sus formas religiosas y sociales, valores absolutos. Como dice un teólogo español, González Faus: "cuando los hombres nos forjamos absolutos, acabamos crucificando al Absoluto".

Conocemos también en nuestra vida experiencias semejantes que se nos hacen incompresibles. Muchos de nosotros sabemos lo que significa no ser reconocidos a veces por nuestra propia comunidad, por los "buenos" de nuestra propia comunidad. Sabemos del dolor de sentirnos marginados y puestos bajo sospecha y mal interpretados. Existe en la vida presbiteral y episcopal, el rechazo de los buenos.

e. El abandono de los suyos (Jn 6,66-67)

Ya en la vida pública muchos cercanos se alejan de Jesús; pero el abandono se da sobre todo al final. Los exegetas dicen hoy que Jesús tuvo una inicial aceptación fulgurante sobre todo en la zona rural de Galilea. Ese triunfo se convirtió en un fracaso en Judea y en Jerusalén, al mismo tiempo que se fue apagando incluso en buena parte en Galilea.

Jesús formula (Jn 6,67) una pregunta que tiene un poder interpelador impresionante: "¿También vosotros queréis dejarme?". Rahner, en un artículo sobre la fe del sacerdote hoy, dice: *"¿Les extrañará, queridos hermanos sacerdotes, que Jesús a cada uno de nosotros nos formule hoy la misma pregunta sin que podamos aplazar la respuesta?. Las palabras de Pedro ¿A donde iremos fuera de Ti?, resumen la vida cristiana y su última significación*. ¿Adónde iremos sin Ti?, si Tú tienes palabras que dan la Vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que Tú eres el santo de Dios". Vale la pena ser cristiano cura y obispo para poder decir a Jesucristo estas palabras.

Pero la soledad y el abandono llegan a su cumbre cuando Jesús es apresado. Jesús muere prácticamente solo. No totalmente solo, pero prácticamente solo. Herido el pastor se dispersan las ovejas y están todos ateridos de miedo. Queda Juan y sobre todo queda María.

El presbítero y el obispo conocemos algo de esta soledad que nos vuelve a veces extraños a los nuestros. Nos exigen con frecuencia servicios, (por ejemplo sacramentales), que no podemos ofrecerle privatizando los sacramentos y haciendo de estos sacramentos un privilegio o un saldo barato para nuestros amigos o gente influyente. Nos necesitan poco en muchos casos, y después de habernos necesitado se olvidan pronto de nosotros y vamos quedando mal con muchos (Lc 22,31-34). Hay en un momento u otro de la vida del presbítero y del obispo esta experiencia dolorosa de sentirse abandonado, a veces defraudado y decepcionado, por personas en las cuales uno ha invertido un gran capital afectivo. Personas o grupos, en los que ha puesto su alma, su vida. Ha pensado que estaba sembrando permanencia, y no ha sembrado permanencia sino precariedad. Esas decepciones y estos abandonos se dan en la vida del presbítero. Incluso personas que le han querido a uno mucho en el tiempo en que lo necesitaban y después le han dado la espalda.

f. El silencio de Dios Padre

Mt 26,36-46 dice de Jesús: "sintió tristeza mortal y angustia en el huerto". En Mc 14,33; leemos que sintió "pavor y angustia". Lc 22, 44; lo expresa diciendo "preso de la angustia". E incluso Mc 15,34; pone en su boca esta expresión en la cruz: "Dios mío, ¿por que me has abandonado" . Véase, también, Heb 5,7-9.

En el trance más fuerte de la vida mortal de Jesús, en el momento en el que se le cierran todas las puertas humanas y en el que le abandonan incluso los suyos, Dios Padre, su Padre, Ese de quien ha tenido una vivencia profundísima, gozosa, serenante, equilibradora, centradora, "Dios Padre" su padre, no responde. Está cerca pero no responde. Está con una presencia, que ante la conciencia subjetiva de ese hombre perdido, suena a abandono. Se le cierran todas las puertas, los discípulos dispersos, los adversarios vencedores, la causa por la que ha trabajado está prácticamente hundida y la vida, condenada a extinguirse en breve. Y Dios Padre no responde, no responde.

La experiencia de Dios Padre se eclipsa casi totalmente en Jesús. Sin ella Jesús se siente absolutamente desvalido. Es la experiencia que le ha acompañado, que fue creándose y gestándose en su niñez y en su adolescencia y ha sido cada vez más plena y más configuradora de su propia conciencia filial. Sin esa experiencia Jesús no pude vivir, prefiere morir a ser privado de esa experiencia. Sin ella se siente absolutamente desvalido y Dios Padre calla como si lo hubiera abandonado de verdad.

Sin embargo no lo abandona, está allí al pie de la cruz. Pero el Dios Padre calla como si todo en la vida de Jesús hubiera sido un espejismo, al margen de la voluntad de Dios. Como si Jesús hubiera sido un osado visionario que se ha creído representante de Dios. Pero Dios está allí. Dios su Padre, está allí.

Las expresiones del evangelio son definitivas, "mi alma tiene una tristeza mortal"- "Padre que pase de mí este cáliz" - "Dios mío por qué me has abandonado". Y en esta situación extrema en el que el Padre quiere hacer pasar al Hijo la prueba fundamental y el sufrimiento más profundo emerge potente y tembloroso, fuerte e inerme, el movimiento supremo de la fe de Jesús, de su confianza absoluta en el Padre. Como dice un teólogo de nuestro tiempo "Jesús salta desde el

abandono de Dios hasta los brazos del Padre. "A pesar de todo, Dios es mi Padre, por lo que merece mi confianza total. "Padre en tus manos, a tus manos encomiendo mi espíritu".

Desde esta confianza emerge también la confianza y la comprensión con respecto a sus torturadores, "Padre perdónalos porque no saben lo que hacen".

Albert Vanhoye, antiguo Rector del Bíblico de Roma, excelente exégeta de la Carta a los Hebreos comentando el texto de Heb 5,7-9 dice más o menos lo siguiente: "de la naturaleza de Jesús brota un grito noble y espontáneo que pide a Dios Padre ser librado de esta prueba. Ese grito en el corazón de Jesús se convierte en plegaria. Pero la plegaria se vuelve sobre el grito y madura el grito y le conduce a aceptar: *"Padre hágase tu voluntad"*. *El grito aparta de mí éste cáliz*, convertido en oración, es madurado por la oración misma hasta arrancar del Señor esta expresión "hágase tu voluntad".

En la vida presbiteral y episcopal hay fases en las que Dios se hace silencio. La prueba reviste diversos aspectos. A veces se trata de la resistencia de nuestras debilidades y pecados que emergen y una y otra vez como las viejas manchas de los trajes que aunque uno los lleva a la tintorería vuelven a visibilizarse. Otras veces son los tirones fuertes de la sexualidad o las nostalgias profundas del corazón que no se resigna del todo a la soledad del celibato. En otras ocasiones es la tiniebla prolongada en la oración, la convicción de que el mensaje que ofrecemos no importa demasiado a la gente, la sensación de esterilidad en la propia vida, las incomprensiones de la gente. Es la soledad y el abandono de Jesús encarnados y prolongados en nosotros.

3.- A los pies del Crucificado, esperando la revelación

El misterio de la Cruz del Señor y del sufrimiento del Señor en su conjunto encierra nada menos que la sabiduría de Dios. Sólo contemplando la Cruz, somos capaces de barruntar por la acción del Espíritu el misterio que ahí se encierra y se nos quiere revelar.

Si me permitís una confidencia personal, en el momento en que hice los ejercicios de mes recuerdo que a los dos o tres días de empezar la tanda me sentí profundamente atraído por el Crucificado que veía encima del reclinatorio de mi cuarto. No era un Crucificado cuyas cualidades estéticas pudieran despertar ningún sentimiento especial. Pero tuve la convicción, la intuición, el presentimiento de que allí iba a descubrir algo, de que allí se me iba a desvelar algo del misterio de la cruz del Señor. Así fue. Se me transformó esa figura acartonada que tenemos muchas veces de Dios, de Jesús, de su misma humanidad y nos impide conectar en profundidad con ella. Se derritió ese acartonamiento. Me encontré, por la fuerza del Espíritu, con el Señor que se me iba ofreciendo y desvelando de una manera más viva. Allí entendí ciertas cosas que pude también ver formuladas después en la teología.

¿Cuáles son las lecciones que aprendemos a los pies del Crucificado?

a. Dios baja por solidaridad hasta los sótanos de la condición humana

   Dios ha querido descender hasta el fondo, ha querido apurar hasta las heces el cáliz de ser hombre. Ha querido experimentarlo todo en su Hijo. Por eso no le ha ahorrado nada. Ha hecho que su Hijo conozca la decepción, la depresión, el pavor, la angustia, que esté casi al borde de la desesperación, la oscuridad total.

No debemos dejar de leer el evangelio de Mateo y de Marcos sin dulcificarlo demasiado con el evangelio de Lucas. Dios ha extraído todas las consecuencias de la encarnación hasta la kénosis. Dios ha bajado a esos ámbitos profundos donde el hombre siente el abandono, la tristeza mortal, etc., como tantos creyentes a lo largo de la vida. Dios baja hasta ahí por solidaridad. Es el máximo signo de solidaridad del Dios altísimo y grandísimo que llega hasta el fondo de lo humano para decir: "Yo he asumido todo; todo lo puedes asumir en Mí y conmigo".

b. El rostro de Dios, que ha querido revelarse "impotente" en la Cruz de Jesús

Dios Padre pudo hacerse presente como fuerza que salvara a Jesús, que lo sacara de aquél infierno en el que le habían metido. Y sin embargo Dios acepta ser derrotado por la ceguera humana y deja morir a su Unigénito. Como dirá Bonhoeffer: "Dios se deja expulsar del mundo". Dios se revela en forma de debilidad y de impotencia.

Esta revelación paradójica de Dios en la Cruz de Jesús resultó un escándalo para el mundo judío y grecorromano, e incluso, para la misma comunidad cristiana que lo aceptaba como Resucitado. Muchos pasajes del Nuevo Testamento están escritos con la intención apologética de mostrar que era necesario que el Mesías padeciese, porque esa forma de padecimiento llegaba a "incomodar" la fe pascual.

Hoy este rostro de Dios sigue queriendo revelarse impotente en medio de la secularidad de nuestro mundo, en medio de la corrupción de la vida política, en medio de la apatía con la que los que tienen miran a los que no tienen. Este Dios, que no interviene de manera brusca en la historia, que no irrumpe de un modo clamoroso y cuasi mágico, continúa siendo escándalo. Nuestra mentalidad espontánea queda excelentemente descripta por el poeta español Machado: "No quiero al Dios del madero, sino al que anduvo en la mar". Nos cuesta aceptar que Dios acompaña silenciosamente el sufrimiento del hombre. Nos revela o nos deprime cuando nos toca sufrir esta "impotencia" silenciosa de Dios en nuestra vida personal y en nuestra vida pastoral. Nos resulta laborioso asimilar que el Señor esté presente en la Iglesia bajo el signo de la cruz y de la "impotencia".

Es verdad que el Misterio Pascual no acaba en la Muerte. Hay otra dimensión: la resurrección, pero no la anticipemos. Dejemos impregnarnos de esta dimensión real sin la cual la misma resurrección pierde su fuerza.

Y sin embargo Dios no nos abandona nunca. Nunca estuvo el Padre más cerca de un hombre que en Jesús derrotado en la cruz. Nunca está más presente, con una presencia que pudiéramos llamar "ausente", con una presencia paradójica que parece ausencia e incluso abandono. Nunca está más presente que cuando acompaña discretamente nuestros sufrimientos personales de creyentes, de pastores, de miembros de un pueblo sufriente. Es el rostro de Dios que ha querido revelarse "impotente".

c. La lentitud del progreso del Reino

Quien se compromete en la construcción del Reino de Dios y en la edificación de la Iglesia habrá de beber más cálices que copas de champagne. Lentamente, avanzan (cuando avanzan) nuestros programas pastorales.

Muchas de nuestras iniciativas son vistas, desde el exterior, simple fracaso. Las dificultades de la evangelización constituyen un sufrimiento para el pastor que ha dedicado su vida a este menester. Esta experiencia es quizá más perceptible y dolorosa en una Europa más apática a lo religioso, a la que cuesta más sintonizar con el fondo religioso del ser humano.

La impresión de que la aportación de uno es un pequeño soplo de brisa en medio de la canícula entristece con frecuencia al pastor, que tiene la impresión de ser en invierno como un pequeño puesto de castañas tostadas en una calle helada. La gente pasa por allí se quita un momento el frío para volver a entrar en el frío. La misma lentitud la observamos también cada uno en nuestro propio itinerario personal y la observamos tal vez en nuestra diócesis, desde luego en la Iglesia y, no digamos nada, en la sociedad próxima y amplia en la que puede haber no solamente lentitud, sino regresión.

Esta lentitud es algo más que un sufrimiento. Es una tentación para muchos. Bastantes idealistas de ayer, son escépticos de hoy. La causa reside en que no han sabido digerir el principio de la realidad. Los procesos son lentos, las dificultades son ingentes. La Cruz de Jesús nos ayuda a soportar esta situación.

d. El sufrimiento como escuela para profundizar y purificar nuestra fidelidad

Jesús fue siempre plenamente fiel a Dios Padre. Él respiró fidelidad a pleno pulmón. Así como los pulmones a medida que realizan el ejercicio montañero se van ensanchando y acogen mayor cantidad de oxígeno, la fidelidad humana de Jesús fue profundizándose a medida que se encontraba con nuevas situaciones y dificultades que oscurecían el horizonte de su proyecto.

Junto con las resistencias que va percibiendo en su vida pública, Jesús va a descubriendo mejor a Dios Padre que *le pide fidelidad y no éxito inmediato*. He aquí una experiencia importante: Dios nos pide fidelidad y no éxito inmediato, Dios nos pide fidelidad incluso más que fecundidad. Fidelidad.

El autor de la Carta a los Hebreos nos ha dicho que Jesucristo "aprendió sufriendo lo que cuesta obedecer". (Heb 5,7-9) La paradoja de que precisamente el lugar donde vivió, dónde nació y murió Jesús, sea hoy como una herida abierta en el mundo. Es como una señal a través de la cual los creyentes podemos vislumbrar lo que es el misterio de la Cruz del Señor.

También para nosotros el sufrimiento es escuela de purificación y de profundización, escuela de fidelidad. Ciertas experiencias de limitación personal (la muerte de personas queridas, las decepciones del ministerio) determinadas debilidades recalcitrantes nos "bajan los humos" y nos hacen humildes y fieles.

e. El sufrimiento y muerte, como condición para la salvación de todos

La conciencia humana de Jesús va viendo, cada vez con una claridad más profunda, que esa entrega dolorosa y violenta de su vida es condición para que el Reino de Dios que ha anunciado venga. Este es el servicio que el Padre le pide. Su vida es "rescate por muchos"

El autor de Hebreos lo formula también nítidamente "tenía que ser consagrado sacerdote por el dolor, (2,10) porque sin derramamiento de sangre no hay remisión. Por haber sufrido puede

ayudar". (2,8) Levantado en la cruz Jesús cumple sus palabras proféticas consignadas en Jn. "Cuando sea levantado de la tierra, atraerá a todos hacía mi" (Jn 12,32)

Una oración litúrgica densa en contenido teológico y rebosante de experiencia espiritual constituye un adecuado punto final para esta meditación. Dice así: "Oh Dios que de una manera admirable has manifestado tu sabiduría escondida con el escándalo de la Cruz: concédenos contemplar con tal plenitud de fe la gloria (¡) de la Pasión de tu Hijo, que siempre nos apoyemos confiadamente en la Cruz de Jesucristo".

III Encuentro Nacional de Sacerdotes
4ta Conferencia

Testigos cualificados del resucitado

1.- Las dos facetas del Misterio Pascual y su necesaria implicación mutua

Ser obispos y presbíteros equivale a ser asociados de manera especial y específica al misterio pascual. Hemos visto cómo se realiza en nosotros el misterio pascual en su vertiente de sufrimiento y de muerte. Ahora nos toca contemplar la otra dimensión del misterio pascual: la resurrección.

Es necesario contemplar el misterio pascual en toda su integridad (muerte y resurrección). También la Muerte del Señor, para no caer en un seguimiento *hedonista*, que es una caricatura del seguimiento. No cabe duda: el hedonismo es una de las tentaciones de nuestro mundo.

El seguimiento no puede ser *hedonista*. Pero es necesario contemplar la resurrección de Cristo para no caer en un seguimiento dolorista y *trágico* que es otra caricatura e incluso otra tentación del seguimiento.

Tal vez la sociedad hedonista puede conducirnos a un seguimiento hedonista que "vacía la cruz de Cristo", incluso en los presbíteros y obispos. Y tal vez una sociedad pesimista como la nuestra induce un seguimiento trágico que "inutiliza" (en términos paulinos) la resurrección de Cristo. Si queremos asumir el misterio pascual en su plenitud es preciso que seamos sensibles a las dos dimensiones.

En primer lugar vamos a recoger en vivo la experiencia pascual de los primeros testigos para contemplarla, impregnarnos de ella y pedirla como un don, como una gracia. La experiencia pascual no se transmite plenamente como a los Apóstoles, pero se transmite análogamente, de manera real, también en nuestros días.

En un segundo momento vamos a extraer unas cuantas consecuencias existenciales para nuestra fe y nuestro ministerio, derivadas del acontecimiento de la Resurrección.

En un tercer momento vamos a profundizar en una de las dimensiones: la alegría de la Resurrección.

2.- Las características de la experiencia pascual de los Apóstoles

De esta experiencia vive nuestra fe hoy y a lo largo de los siglos. Es vitalmente más importante para ella que la prueba del sepulcro vacío. He aquí sus rasgos más salientes:

a. Una experiencia real nacida del *encuentro* con el Resucitado. (Jn 21,1-14)

   Es vital aquí subrayar la palabra "encuentro". Porque la experiencia de la Resurrección no es una experiencia subjetiva que nació en un grupo de discípulos desvalidos, nostálgicos con respecto del Maestro desaparecido. Hubo un real encuentro de este Cristo vivo con este grupo de sus testigos. De esa manera evitamos el subjetivismo que convierte la fe cristiana en un estado anímico, sin referencia a la realidad, como sucede desgraciadamente en muchos

católicos y especialmente en muchas sectas en las que encontramos un deliberado evasionismo de la realidad.

La experiencia de este encuentro real, ni nace de la nostalgia de haber convivido con una persona extraordinaria, ni tampoco de la reflexión sobre la nobleza del mensaje que esa persona había trasmitido a los suyos mientras convivió con ellos. Es una experiencia que nace de la certeza de que Jesucristo *está vivo* porque ellos, "los doce", y algunos discípulos más, *se han encontrado realmente con El* después del traumatismo de su muerte. Y este encuentro disipa su tristeza, su desconfianza, su derrotismo. Es el encuentro el que les transforma. Es un descubrimiento que aparece tan claro en aquél momento en que la Magdalena dice *Rabboní* "Maestro mío". Descubrir es más que conocer. Jesucristo no ha resucitado porque creemos en El. Creemos en El porque ha resucitado.

No hemos hecho nada con conocer a Jesucristo y su Misterio si ese conocimiento no se convierte en descubrimiento. Eso es lo que quería decir San Ignacio con la expresión "conocimiento interno de nuestro Señor Jesucristo". Descubrir es más que conocer. Cuando descubrimos a alguien, se convierte en una persona sin la cual ya no somos capaces de llenar nuestra vida. Convertir el conocimiento en descubrimiento es una buena dirección en nuestro itinerario espiritual y apostólico. Ayudemos a nuestra gente a que descubran al Señor que conocen y descubrámoslo nosotros mismos.

b. Experiencia penetrante, envolvente y transformadora

Entendemos esta característica desde los relatos pascuales como el de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-32) o el encuentro de Jesús con los apóstoles en el lago (Jn 21,1-14). Son experiencias que tocan a la persona en su mismo centro y desde ahí la sobrecogen. Por eso las experiencias pascuales que conocemos por los evangelios no son ruidosas ni aparatosas. Solo el último capítulo de la Pascua, la venida del Espíritu, se realiza con estrépito. Las experiencias pascuales son sobrias en su expresión. La experiencia pascual sobrecoge. No nos impulsa a saltar ni a gritar. Nos unge por dentro.

Cuando una muchacha recibe por primera vez del muchacho por quien se interesa la expresión "te quiero" no empieza a saltar ni a gritar; queda sobrecogida. Porque lo más profundo no nos hace brincar sino sobrecogernos. Los discípulos de Emaús al tiempo que sienten arder su corazón quedan sobrecogidos mientras cenan con el Señor. Y lo mismo los discípulos pescadores que ni siquiera pueden preguntarle "quién eres", sabiendo que era el Señor.

Esta experiencia es, también, transformadora. El encuentro real con el Cristo real Resucitado, es una experiencia que transforma cualitativa y definitivamente la vida de aquél puñados de discípulos. El libro de los Hech 2, 42-47 y Hech 4,32-35 recoge muy bien este rasgo. Aquellas personas han sido transformadas por la experiencia pascual desde el centro vital. Desde ese núcleo más íntimo de la persona, la experiencia del resucitado inunda todas las áreas del hombre y se convierte en la experiencia central y básica.

Esta experiencia es transformadora comienza modificando el ánimo de los discípulos. Vuelven la alegría y la esperanza. El camino de Emaús es el paso de la tristeza a la alegría, el paso de la desesperanza a la esperanza. Y al cambiar el ánimo se transforma también el comportamiento individual y comunitario. Cuando no hay ánimo el comportamiento moral languidece. Cuando no hay "zymos", se resiente el "ethos".

Este comportamiento individual y comunitario que aparece en las comunidades pascuales pasa a ser un testimonio para que la gente se pregunte: ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué viven así? ¿De dónde les nace esta fuerza? ¿Por qué este talante positivo? ¿Qué les hace vivir de esta manera las frustraciones y las persecuciones? ¿De dónde les viene este ánimo inasequible al desaliento?

De este modo, las comunidades pascuales aparecen como comunidades de contraste. Estas comunidades "hablan". Pero más que por su comunicación verbal, lo hacen por ese estilo alternativo y diferente. Su estilo de vida produce interrogantes, suscita las preguntas. Ojalá nuestras comunidades tuvieran ese carácter "provocador".

Las comunidades del Nuevo Testamento son comunidades con muchos defectos. Encontramos en ellas la envidia, la ambición, la sexualidad desbocada en algunos de sus miembros. Son comunidades que a pesar de sus defectos tienen un ánimo vital, un talante y un estilo. Tienen una experiencia tan viva y tan fuerte de Cristo que se convierten en alternativas. No son las comunidades éticamente perfectas sino las comunidades con aliento de esperanza, con capacidad de creer en el futuro a pesar de las dificultades, con ese impulso motor que nace de la experiencia del Señor Resucitado, las que dan auténtico testimonio. Dan que pensar. Su misma vida es su primer testimonio.

c. Experiencia movilizadora (Hech 8,4-8)

La experiencia pascual es creadora de actividad y multiplicadora del rendimiento. Los encerrados en Jerusalén, según la versión de Lucas, y los dispersos en Galilea, según la versión de Mateo, se vuelven a reunir y se ponen en marcha anunciando a Jesucristo. Y cuando les persiguen en Judea se van a evangelizar a Samaría y Antioquía. Se provoca una onda expansiva que no hay quien la detenga.

La experiencia pascual va en contra del encierro y la dispersión. He aquí dos tentaciones siempre presentes en la Iglesia. La primera es el encierro, el confinamiento, por temor o por acomplejamiento. (Pensamos que el mensaje pascual no interesa hoy). O el encierro vivido por el miedo a contaminarnos. Hay comunidades cristianas que viven a la defensiva y pretenden conservar lo suyo a través del aislamiento.

La segunda es la dispersión que se vive a causa de la pérdida del sentido de la novedad cristiana. La diáspora se convierte en dispersión. Este es un riesgo grave para nuestra fe, al menos en Europa. La luz pascual tiene que ayudarnos a que no seamos ni los encerrados en Jerusalén, ni los dispersos en Galilea, sino comunidades abiertas y unidas, alternativas y vivas.

d. Impregnada de profunda alegría

La experiencia pascual es una experiencia rebosante de alegría (Jn 20,11-18). Esta actitud es el origen de esa onda expansiva, transformadora y movilizadora.

En el Nuevo Testamento hay tres palabras claves para describir la experiencia pascual de las primeras comunidades: la alegría "agalliasis", el coraje "parresía" y la resistencia activa "hipomoné".

El encuentro con el Resucitado suscita una alegría luminosa y expansiva, pero no esa alegría entusiástica y exaltada. No es así la alegría auténticamente pascual. Algunos movimientos y algunas sectas pueden subrayar con exceso ese "plus" de entusiasmo que no es más que una excitación artificial de la sensibilidad, no un fruto de la experiencia pascual. La tristeza paraliza. La alegría dilata el mundo y activa los dinamismos dormidos.

e. Impulsada a comunicar lo vivido (Lc 24,46-49)

Junto a la alegría está la "parresía", el impulso, el coraje y el entusiasmo para anunciar la resurrección del Señor y para invitar a los demás a unirse a Él por la fe. Esto es lo que vive la primitiva comunidad cristiana. Si examináis los relatos de las apariciones pascuales es muy frecuente la apostilla "vayan a comunicárselo a los hermanos", porque la comunicación de la fe es algo que está inscrito en el seno mismo de la experiencia pascual. Somos los "empleados de Correos" que, al mismo tiempo que destinatarios, somos transmisores.

Tenemos que ofrecer a los destinatarios la experiencia recibida.

Aquella experiencia de los apóstoles fue tan fuerte que pudo ser comunicada y transmitida. Cada uno de nosotros, como miembros de la Iglesia de hoy, tenemos que preguntarnos si son las condiciones desfavorables y mucho más complicadas de nuestra sociedad o es el escaso vigor de nuestra experiencia pascual la principal responsable de que esta experiencia no taladre las opacidades de nuestra sociedad.

El anuncio de aquella experiencia ha taladrado los siglos y ha llegado hasta las generaciones del siglo XX y XXI. Ojalá nosotros sepamos transmitirla sobre todo en este pueblo argentino, donde la riqueza religiosa todavía se deja ver con mayor claridad que en la Europa de la que procedo. Los discípulos visitados por la experiencia pascual están persuadidos de que se trata de una experiencia para ser comunicada. Cristo Resucitado es una buena noticia para todos y no una sabiduría escondida para un grupito de iniciados. Por eso cuando los Apóstoles son inculpados ante los tribunales, responderán: "no podemos dejar de anunciar lo que hemos visto y oído".

f. Generadora de temple y aguante

La experiencia pascual produce temple, resistencia, paciencia activa, la "hypomoné", (Hech 5,17-32). El sufrimiento se prolonga también después de la Resurrección. El Cristo real no es el Cristo Resucitado sino el Cristo crucificado y resucitado. Su Crucifixión y su Resurrección se prolongan a lo largo de la historia. Por eso es preciso que la dimensión de la Crucifixión este presente en el mismo seno de la experiencia pascual de la Resurrección.

La experiencia pascual incluye este temple, la "hypomoné", que no desfallece ante la dificultad, ante la lentitud del crecimiento del Reino, ante los problemas y pecados estructurales que existen en la misma Iglesia en todos sus niveles, desde el grado más ínfimo de una pequeña comunidad hasta los planos más altos y elevados de la Iglesia. Ante la corrupción, la prepotencia, el miedo, el pecado, que existen también en la Iglesia, hace falta una fuerza que nos haga no desfallecer ni sucumbir al desaliento.

Moltman llama "resistencia" a la hypomoné. Este teólogo asigna a esta resistencia dos componentes. Por una parte una sana inconformidad que no se resigna ante la pervivencia de

lo negativo instalado en la sociedad o en la comunidad creyente o en uno mismo, sino que desea ardientemente transformarlo. Resignarse ante la injusticia es el principio de toda corrupción.

El segundo elemento de la resistencia, es el aguante. Es la tenacidad para soportar las dificultades sin desistir de la acción transformadora. El aguante no se confunde con la terquedad o la obstinación. Es la fuerza que, en un corazón frágil, nace de la experiencia del Resucitado.

En resumen: la experiencia pascual consiste en un encuentro real con el Resucitado, que afecta a toda la persona y la transforma progresivamente. Produce una inmensa alegría que se convierte en fuente de coraje evangelizador y de paciencia activa. Así quedan condensadas las características de la experiencia pascual de los Apóstoles.

3.- La Resurrección de Jesucristo "lo renueva todo"

Vamos a ofrecer ahora unas reflexiones existenciales sobre la Resurrección de Cristo y extraer algunas consecuencias en torno al misterio que hemos intentado contemplar en la primera parte.

a. Es posible un mundo más justo, más fraterno, más dichoso

Primera gran afirmación: si Jesucristo ha resucitado, la esperanza no es una utopía, en el sentido negativo de la palabra, sino una actitud fundada y realista. En otras palabras: desde la resurrección de Cristo cabe pensar en una sociedad más humana, más solidaria, más dichosa; en una Iglesia más evangélica, más de Dios y más de los pobres; en una comunidad más creyente; en un presbiterio más fraterno y más apostólico, más orante y también más pobre. Todo esto es posible y más que posible. Y lo es porque Cristo ha resucitado.

Es importante recordarlo en los tiempos de pesimismo social e incluso eclesial que estamos viviendo. Uno se hace muchas preguntas: la sociedad, esta sociedad, ¿puede dar más de sí? La corrupción ¿no es una fatalidad? La Iglesia ¿no está ya vieja, no está declinando, no está siendo arrumbada, no está instalada en la mediocridad propia de los estados de la debilidad? ¿No está anquilosada, confinada, de espaldas a la vida, incomunicada con la sociedad? Yo mismo con mis años, con mis problemas, con mi propio pasado, con mi trayectoria, con mis pecados, con mis debilidades, con mi temperamento, con mi salud, ¿puedo dar sensiblemente más de mí mismo que lo que estoy dando?

Los que se dedican a la educación, se preguntan: ¿es posible educar con fecundidad en el ambiente en el que se mueven nuestros alumnos, marcado por el pragmatismo, impregnado de un hedonismo creciente, rodeado de un ambiente familiar y social religiosamente débil? ¿No parece el Evangelio culturalmente extraño a una parte de nuestra juventud, cuando en realidad es la respuesta más juvenil a lo más noble que tiene la juventud?

Existe hoy en la Iglesia, en nosotros y en la sociedad, una tendencia bastante generalizada a creer que la oscuridad es mas espesa que la luz. Que la mentira es más poderosa que la verdad. Que la esclavitud es más fuerte que la libertad. Que el egoísmo es más potente que el amor. Que la tristeza es más persistente que la alegría. Que la muerte es más definitiva que la vida. Que el pecado es más vigoroso que la gracia. Existe esta tendencia, al menos en forma de inquietante pregunta. Pues bien: sucumbir a esta perspectiva equivale, en la práctica, negar la resurrección de Jesucristo.

El escepticismo, el fatalismo, el determinismo, no son cristianos. Se oponen a la fe en la Resurrección porque creer que Cristo ha resucitado significa que ha inyectado en el corazón de la historia un fermento, una levadura, un brote de vida, que nada ni nadie podrá apagar.

Creer en Jesucristo resucitado significa que Dios ha apostado efectivamente por esta sociedad, por este pueblo, por esta patria nuestra, por la Iglesia, por mi comunidad apostólica o parroquial, por mí. Dios ha dicho sí al hombre nuevo y a la humanidad nueva al resucitar a Jesucristo. Él no ha resucitado en vano por mí.

De aquí se deriva una actitud globalmente positiva ante las personas, los grupos, la sociedad, la comunidad propia, la Iglesia. Actitud globalmente positiva que lleva en sí un realismo luminoso para descubrir las negatividades existentes. Este mundo está envuelto en una esfera de la gracia, pero también en una esfera del pecado.

Nuestra actitud globalmente positiva no nace de los análisis sociológicos o históricos, ni siquiera de nuestra rica experiencia. Nace de la fe en la resurrección. Creer en la resurrección significa que, a la larga, la verdad es más fuerte que la mentira; que la aspiración a la libertad es más vigorosa que todas las tentaciones y todas las cadenas de la esclavitud; que el amor es más fuerte que todos los motivos y condicionamientos para ser egoístas; que la capacidad de alegría es más definitiva que la necesidad del sufrimiento; que la aspiración a vivir es más tenaz y más auténtica que la necesidad de morir; que la gracia es más victoriosa que el pecado. La pregunta capital, pues, es: ¿creemos esto? ¿nos lo creemos de verdad?

Sin embargo esta afirmación no rehuye el contraste con la experiencia humana. No es una afirmación ideológica, ni un deseo romántico de soñadores incurables que no quieren aceptar el espesor del mal en el mundo. La fe en el Resucitado es una fe realista. No nos asegura que dentro de veinticinco años la Iglesia va a ser más extendida, ni más respetada, ni siquiera más evangélica. La fe en el Resucitado no nos asegura que la sociedad dentro de veinticinco años va a ser más humana. Pero sí nos garantiza estas tres convicciones básicas:

- Que al final de la historia Dios "acabará ganando". Los hombres seremos por fin plenamente humanos y divinizados más allá de la historia cuando Dios, generación por generación, nos vaya recogiendo en su seno.
- Que existe en el interior de cada persona, de cada grupo, de cada movimiento, un brote de la vida del Resucitado que nada ni nadie puede destruir del todo. No hay sociedad por envilecida o envilecedora que sea, ni droga por deshumanizadora que sea, que pueda contra ese germen de la vida del Resucitado que anida en el ser humano, en la familia, en la juventud, y que a la manera de un fermento, es capaz de regenerarlo. Ese fermento, esa brasa encendida que hay en el corazón de la historia, están vivos y activos como el Resucitado mismo. Y podemos percibirlos por la fe si un pesimismo negativista no ha oscurecido nuestra mirada.
  En esta convicción está precisamente contenida la intuición fundamental de la teología católica que no podía admitir el axioma protestante de que "el hombre está esencialmente corrompido por el pecado". Las *razones* por las que los teólogos católicos se oponían no eran tal vez del todo convincentes, pero la *intuición* básica de la Iglesia era ésta: "que la resurrección había transformado inicialmente y básicamente la historia humana de tal manera que la corrupción esencial del ser humano era incompatible con la fe en la Resurrección".
  En consecuencia nuestra espiritualidad debe consistir en descubrir los pequeños signos de la resurrección que existen en nosotros y no permitir que una especie de escamas o de velos ensombrezcan nuestra mirada. No nos pase lo que al depresivo, que por las afecciones bioquímicas y psicológicas que padece, se hace incapaz para detectar los signos positivos de la realidad y sumamente hipersensible para captar los

signos negativos. Algo de esto puede estar sucediéndonos en la Iglesia y en la sociedad. Debemos sanar nuestra mirada. Que nuestro corazón afligido y angustiado no nuble nuestra mirada. Ni para dejar de ver los signos negativos, ni para descubrir los signos de la resurrección entre nosotros; sino para dedicarnos a neutralizar los negativos y activar los positivos.

- Que todo cuanto hagamos por liberar, por mejorar, por evangelizar, por perdonar los pecados, prepara la liberación definitiva. No se pierde ninguno de nuestros trabajos, aunque nos parezcan que han sido un espléndido fracaso. No se pierden ninguno de nuestros afanes, ninguna de nuestras oraciones, ninguna de nuestra preocupaciones pastorales. Lo mismo que en el sistema sanguíneo no se extravasa ni una sola gota de sangre, a no ser que haya una herida, tampoco se pierde nada de lo que hacemos por los demás con esta noble actitud de servicio. Ningún esfuerzo por mejorar la realidad personal, familiar, social, eclesial, resulta inútil porque todos ellos llevan en sí la energía de la Resurrección. Somos transmisores de esa energía. Tenemos que ver y transmitir los signos de la presencia de la energía de la Resurrección.

b. Está fundada en una triple confianza.

Porque Cristo ha resucitado resulta posible y fundada una triple confianza:

- en nosotros mismos,
- en los demás
- especialmente en Dios Padre que Resucito a Jesús por su espíritu.
- En *nosotros mismos*: Algunos pecamos de autosuficiencia; otros pecamos de desconfianza en nosotros mismos. Muchas veces autosuficiencia y desconfianza se alternan dentro de nosotros en forma de dos estadios sucesivos.

  Cristo no ha resucitado en vano ni por mí, ni por mi comunidad eclesial, ni por mi diócesis, ni por mi sociedad argentina, ni por el mundo. Él ha depositado en nosotros, por su Espíritu, un sedimento activo que hace posible lo humanamente imposible. Esto no significa que todo sea posible para mi. La confianza en mi mismo no puede ser absoluta, sino moderada. Nos conocemos demasiado bien. Los que confiamos demasiado en nosotros mismos solemos recibir el tortazo correspondiente por el cual muchas veces quedamos bastante traumatizados. No significa que todo sea posible a partir de mi temperamento, que todo sea posible en el desarrollo de mi vida espiritual, que todo sea posible en la eficacia de mi vida pastoral. Pero sí significa que son posibles muchas mejorías y metas que tal vez doy por imposibles.

  Un pulmón se puede estrechar excesivamente porque uno respira poco y a medida que respira mejor se ensancha. Naturalmente que la elasticidad del pulmón no es indefinida pero realmente es mayor que la de ese pulmón inicial. También es posible salir de mi postración espiritual, reconducir tal vez un celibato averiado, recuperar el frescor de una oración renovada, aceptar a todos mis hermanos del presbiterio, limar mis asperezas de temperamento. Y es posible en mi situación, en mi parroquia, en mi presbiterio, en mis circunstancias de vida, en el seno de mi familia.

  La desconfianza radical y pesimista en mi mismo no sólo es incoherente con la fe en la Resurrección. Es además peligrosa, porque me impulsa a una de estas dos actitudes alternativas: a caer no en la verdadera confianza en los demás, sino en una auténtica dependencia de los demás, o a desconfiar de ellos como desconfío de mí mismo.

La autoestima es sana, no es amor propio pecaminoso. La falta de autoestima me paraliza y congela mis posibilidades. "Odiarse a sí mismo es más fácil de lo que parece. Lo difícil es amarnos humildemente a nosotros mismos como miembros enfermos y dolientes del cuerpo de Cristo."

- Confiar *en los demás*: Porque Jesucristo ha resucitado hay en el corazón de todos una vocación a la libertad, a la fraternidad, a la dicha, al encuentro con Dios. Esa vocación puede y suele quedar frustrada en muchas ocasiones y sólo parcialmente realizada en la mayoría de las personas. Pero esa vocación existe y el cometido del cura y del obispo consiste precisamente en regar y cultivar esa vocación. El agua que riega esa vocación es la confianza que depositamos en las personas y en los grupos.

  Ninguna suma de experiencias que haya podido acumular en mi vida, ningún memorial de agravios que haya podido recibir, ninguna teoría pesimista sobre el hombre deben congelar en nosotros esta confianza.

  "Gaudium et Spes", en el número 9, llama al ser humano "capaz de lo mejor y de lo peor" Cuando uno analiza experiencias como la de los campos de concentración, o la dureza y la frialdad del Primer Mundo en relación con la pobreza del Tercero, brota la indignación y surge la tentación de no creer en el hombre. Sin embargo, "Gaudium et Spes" dice que el hombre no solo es capaz de lo peor sino también de lo mejor.

  Ya Pio XII afirmaba: "muchos no son buenos porque nadie ha confiado suficientemente en ellos". Un pensador vasco, en una preciosa conferencia pronunciada ante intelectuales católicos en París, decía: "desconfiar del hombre es una herejía casi tan peligrosa como desconfiar del mismo Dios". Porque, en el fondo, quien desconfía radicalmente del hombre desconfía del autor del hombre que es Dios.

  El escepticismo consiste, precisamente, en la congelación de la capacidad de esperar. Todos aquellos que tenemos una misión educadora hemos de evitar este escepticismo. Educar, realizar la acción pastoral, es otorgar de antemano una confianza que todavía no han merecido nuestros destinatarios. Si uno no siembra mucho, no recoge nada. Hay que sembrar más allá de las expectativas reales que uno tiene con respecto a la respuesta que va a recibir. Sembrar muchas semillas para que broten una o dos es invertir generosamente. El que no arriesga no educa.

- Confiar *en Dios*, Padre de Jesucristo: El fundamento de nuestra confianza en nosotros mismos y en los demás es lo que Dios Padre ha hecho en Jesús y, como consecuencia, en nosotros. Dios ha resucitado a Jesús. La gran victoria está ya obtenida. El Vaticano II, en la Gaudium et Spes nº 10 y 45, dirá que el Señor es el centro, la clave y la cumbre de la historia humana. Jesucristo Resucitado es la meta de la humanidad y el gozo del corazón humano. Es uno de los pasajes del Vaticano II que más me conmueven. El gran teólogo protestante, Oscar Cullman, con una imagen que hoy puede parecer un tanto militarista, pero resulta gráfica, nos dice: "la muerte y resurrección del Señor es como la batalla decisiva en la que se juega la suerte de una guerra. La guerra no ha terminado pero está decidida, está ganada". Pablo lo dice más expresivamente: "Dios nos ha resucitado en Cristo". Dios ha apostado irrevocablemente por nosotros al resucitar a Jesús.

  Creer en la resurrección es una fe existencial: habla enérgicamente a nuestra existencia y la compromete de arriba a abajo.

4.- Por qué el Cristo Pascual es fuente de Alegría

La "agalliasis" (alegría) no es solo uno de los caracteres de la experiencia pascual. Es una cualidad que envuelve y penetra todos los demás componentes de esta experiencia.

Notemos que esta alegría no consiste en un ánimo perpetuamente exultante y exaltado, sino en un sentirnos bien en nuestra propia piel, en una proclividad a ver los aspectos positivos de la realidad, en una capacidad de infundir ganas de vivir, en una inasequibilidad al desaliento. A veces se convierte en exultación; otras, en un bienestar psicológico sereno; otras (cuando el sufrimiento nos visita) en consuelo; otras, en fin, en un temple para resistir la oscuridad personal, eclesial, social.

Si queremos saber por qué Jesucristo Resucitado, es fuente de alegría, analicemos las fuentes que nos roban dicha alegría y podremos comprobar que el mensaje de la Resurrección contribuye notablemente a neutralizar estas fuentes.

a. *La falta de sentido para vivir*

Estamos ante una enfermedad muy sentida en el occidente europeo. La gente vive de "pequeños sentidos" (ahorrar por una vivienda, terminar una carrera, iniciar un hogar) Escasea muchas mas un sentido global que dé densidad, consistencia, dirección a toda una vida.

"Nunca ha sabido el hombre tanto acerca de sus orígenes; nunca ha sabido tan poco sobre sentido" (Heidegger). Estamos en una sociedad "rica en medios y pobre en fines" (Ruiz de la Peña). "El animal puede avanzar hacia el vacío; el hombre se resiste a caminar cuando le falta un horizonte, una dirección, un sentido" (Teilhard de Chardin). Cuando le falta un sentido global el viajero humano se pierde en la niebla y entonces todo le pesa para seguir marchando.

Jesucristo Resucitado es en sí mismo un mensaje que nos revela que esta vida tiene un sentido. Que tras ella no existe la nada y el vacío, sino la Vida plena que Él mismo ha recibido del Padre. Que tienen valor todos nuestros esfuerzos por hacer avanzar al Reino de Dios, mejorar la sociedad, crecer como personas, como creyentes, como pastores. Que por oscuro que esté el horizonte, nuestra vida no está dejada de la mano del Dios, sino guiada por Aquel que resucitó a Jesucristo.

b. *La falta de esperanza*

"El hombre es un animal que espera" (Laín Entralgo). Sin esperanza su vida se paraliza. Cuando ella desfallece el futuro se convierte más en una amenaza que en una promesa.

La falta de esperanza reviste dos formas principales: la desesperación y la desesperanza.

La *desesperación* no reviste mas que excepcionalmente esa forma trágica que conduce a una absoluta indiferencia ante la vida. Es más común. Consiste en la congelación del ser humano que ciega todos las dinamismos del crecimiento y toda fuente de ilusión y de proyecto.

El escepticismo en sus formas extremas es una desesperación. Es una especie de muerte psicológica. Los abetos y los pinos tienen en su punto culminante una "guía" que es su punta de

crecimiento. Cuando las heladas congelan este delicado punto, la vida de estos árboles se paraliza. Camus decía con razón: "No hay mayor castigo que vivir sin esperanza"

Existe una forma más suave: *la desesperanza*, que es una desesperación parcial. La describe gráficamente un autor francés: "Pocos hombres se suicidan. Muchos suicidan aspectos parciales de su vida" (la salud, el amor conyugal, la responsabilidad, la conciencia).

Jesucristo es fuente de esperanza porque por su Resurrección es posible en buena medida lo que al desesperado o al desesperanzado le parece imposible. Jesucristo Resucitado ha abierto un boquete en la pared roqueña del futuro. Es *posible* "ser más en el Señor". Es posible salir de encrucijadas duras como la vuestra y la nuestra. Es posible aquí y ahora dar pasos hacia delante. Es posible seguir esperando contra toda esperanza. El ser humano experimenta al mismo tiempo su limitación y su aspiración a superar los límites. Ante ellos cabe la renuncia a superar los límites de una realidad que siempre tiene, sin embargo un grado de elasticidad. Jesucristo Resucitado es una llamada, un impulso y una garantía de que es posible la superación de las dificultades presentes.

c. *La falta de amor*

"Amar y ser amado es el principal remedio contra las neurosis" decía el fundador del psicoanálisis. En efecto el hombre mas poderoso se siente desgraciado si no ama o no es correspondido. Hemos sido hechos para amar y no hay inversión más radical del ser humano que curvar esa capacidad de amar convirtiéndola en narcisismo o en apatía hacia los demás. Produce una sorda insatisfacción y un sentido de frustración difícilmente tolerables.

Jesucristo Resucitado es la forma palmaria de que el amor de Dios no nos abandona, aunque no se haga mágicamente presente para sacarnos de todos nuestros apuros. El Padre que estuvo junto a la Cruz de Jesucristo y lo rehabilitó, lo acogió, lo hizo Señor y Salvador está junto a nosotros y junto a los sufrientes. Su manera de estar presente en ellos es a través de nuestro amor, nuestra proximidad, nuestra misericordia, nuestro compromiso. En una sociedad y en una Iglesia con tanta gente herida, lastimada, temerosa de un futuro, necesitada de ser amada como persona, y de experimentar el amor de Dios y su abrazo reconciliador, nosotros y nuestras comunidades (el núcleo más vivo de las mismas) tenemos que ser mediaciones y testigos de este amor de Dios que nunca falla y en la Resurrección de su Hijo nos ha dado el testimonio insuperable de que su amor no tiene fin. Ser testigos de la resurrección equivale a ser testigos de este amor fiel, desinteresado, comprometido, constante, definitivo sanante y salvador de Dios.

III Encuentro Nacional de Sacerdotes
5ta Conferencia

Jesucristo presente por su espíritu en nuestra vida y ministerio

Introducción: "El Dios desconocido"

El Nuevo Testamento reconoce un relieve muy grande al Espíritu Santo en la vida de la primera comunidad cristiana y en la vida del creyente. Basta recoger la infinidad de pasajes de Pablo, de Juan y sobre todo de Lucas y los Hechos. Este último libro narra la historia que el Espíritu escribe con la primera comunidad cristiana.

En contraste con este relieve, el Espíritu Santo, ha sido al menos hasta hace pocos años, bastante irrelevante en nuestra espiritualidad individual y en la conciencia eclesial. La misma teología occidental es una teología que no ha desarrollado suficientemente la teología del Espíritu Santo. Por eso en el Concilio Vaticano II el patriarca Máximos IV decía que la teología occidental era "adulta en cristología y adolescente en pneumatología."

No debería ser así. No solamente por el relieve con que el Espíritu Santo es presentado por la Sagrada Escritura, sino también porque el Espíritu Santo y su misión, su envío, es una dimensión esencial de la Pascua de Jesucristo. La Pascua es el misterio central de toda la vida cristiana y el Espíritu Santo es una realidad personal que se nos otorga como fruto de la Pascua cristiana. Pentecostés es el último gran acontecimiento de la Pascua. El Señor en la Cruz entrega el Espíritu, su "Aliento". El Señor resucitado es quien nos envía al Espíritu Santo. Basta recordar cómo San Juan sitúa a Pentecostés en el mismo domingo de Pascua por la noche, cuando, reunidos los apóstoles, reciben a través del soplo de Jesús sobre ellos el Espíritu Santo.

No debería ser irrelevante el Espíritu Santo si pertenece al acontecimiento de la Pascua, si es el regalo máximo del Señor Jesús para la historia. Menos aún debería ser irrelevante en nuestra vida y ministerio de presbítero. Nuestro ministerio es pascual de arriba a abajo y nos vincula especialmente al Espíritu de Jesús, al Espíritu Santo.

En efecto, en la ordenación hemos recibido personalmente al Espíritu Santo como recibimos al Señor personalmente en la Eucaristía. En la ordenación hemos recibido personalmente al Espíritu Santo como don permanente. No solamente hemos recibido el *carisma* del Espíritu, sino también la misma *persona* del Espíritu. En la ordenación el Espíritu Santo nos ha constituido "pastores vigilantes de la Iglesia de Dios", como dirá el mismo Pablo en Mileto en el discurso de despedida a sus amigos de Éfeso.

Cuando presidimos la Eucaristía es el Espíritu Santo quien transforma las ofrendas en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Cuando celebramos el sacramento de la reconciliación es él quien vivifica las palabras de perdón y nos hace transmisores de la misericordia de Dios y de la vida nueva de Dios. Cuando bautizamos él regenera e incorpora a la comunidad a través de nuestras palabras. Cuando invitamos a nuestra comunidad a la concordia él da fuerza a nuestra invitación. Cuando predicamos él da vigor salvador a la palabra que pronunciamos. Cuando promovemos, discernimos, y armonizamos los carismas que regala a su Iglesia él es quien discierne con nosotros, a través de nosotros y a través de nuestro ministerio.

Estamos agarrados por todos los costados por el Espíritu Santo y por tanto no sería justo que, en estas conferencias por las cuales nos hemos asomado a la dimensión cristológica del ministerio, dejáramos de lado este último gran capítulo de la dimensión cristológica, que es el Espíritu Santo.

Por lo tanto, el primer momento de mi exposición mostrará el Espíritu Santo en Jesucristo. Expresará lo que hizo el Espíritu Santo en Jesucristo. Porque, de manera análoga y reducida, el Espíritu hace o está dispuesto a hacer en nuestra vida lo mismo que hizo en Jesucristo.

Un segundo momento de mi exposición se va a ocupar de desgranar y desentrañar la triple actividad que el Espíritu Santo realiza en la sociedad, en la Iglesia y en la vida espiritual de cada uno de nosotros y en nuestro ministerio. Tal actividad consiste en *universalizar, actualizar, e interiorizar a Jesucristo*.

En una última fase, vamos a ir diseñando las actitudes que un presbítero ha de subrayar especialmente, precisamente por su vinculación al Espíritu Santo.

1.- El Espíritu Santo en Jesucristo

a. ***Desde el inicio de su vida terrena***

Cualquier observador queda inmediatamente sorprendido ante la talla humana de Jesús: su libertad, su amor a la verdad, su capacidad de acogida, su compromiso con los pobres, su entereza y su honestidad hasta el fin. Y, como clave central, su relación de singular intimidad con Dios Padre y consecuentemente la pasión por su Reino.

Jesús es un ejemplar antropológico de unas dimensiones inmensas. Pero este Jesús no es un azar de la naturaleza. No es simplemente uno de esos seres humanos extraordinarios. Debemos reconocer que hay seres humanos extraordinarios en este mundo que, cada tanto aparecen por un generoso cruce de cromosomas y por unas circunstancias ambientales especialísimas. Todos conocemos estos modelos antropológicos de gran vigor. El cura Brochero es uno de ellos.

Pero la humanidad de Jesús, Hijo de Dios, tan Dios como el Padre y el Espíritu, es obra del Espíritu Santo (Lc 1,34-37). Por eso el Símbolo apostólico nos dice: "fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo". El Artífice de esta admirable humanidad de Jesús es el Espíritu Santo. Podemos decir que si el Moisés es la "obra maestra" de Miguel Angel, la humanidad de Jesús es la "obra maestra" del Espíritu Santo.

Esta humanidad de Jesús fue tarea constante del Espíritu desde el primer momento. La Encarnación del Hijo de Dios se hizo por el Espíritu Santo. Él es quien encarnó a la segunda persona de la Trinidad en el seno de María. Y a lo largo de su infancia y adolescencia Jesús crecía en edad, sabiduría y gracia por la acción del Espíritu Santo.

b. ***A partir del Bautismo***

En el inicio de su vida pública esta acción del Espíritu Santo se intensifica especialmente. Los cuatro evangelistas describen y aluden al hecho del Bautismo de Jesús como momento clave y culminante (Mc 1,9-11). En ese momento el Espíritu Santo impregna a Jesús y le da una conciencia humana más viva de su misión mesiánica. El Espíritu Santo le enseña que su

mesianismo se vierte en el surco del Siervo Sufriente, que carga con el peso de los pecados de todos.

Esta conciencia se intensifica y se actualiza, pues, en Jesús en el momento de su Bautismo. A partir del Bautismo el evangelista Lucas no perderá ocasión para decirnos que Jesús es especialísimamente conducido por el Espíritu Santo (Lc 3,21-22; 4,1).

c. ***En la Pasión y Resurrección***

El momento central y vital de la acción del Espíritu Santo sobre Jesús se sitúa en su muerte y resurrección. Ya la Carta a los Hebreos (9, 14) nos dice que Cristo se ofreció a Dios en la Cruz como víctima sin defecto por el Espíritu Santo. La ofrenda del Señor en la Cruz es inspirada por el Espíritu que llena a Jesús.

En el misterio Pascual, vemos como el Crucificado se convierte en el Resucitado. La humanidad de Jesús vive una profunda transformación y el Resucitado se constituye en fuente de libertad, de fraternidad, de esperanza, de alegría, de vida, de amor y de fe. Esta transformación, este paso del crucificado al resucitado, es la obra grande del Espíritu Santo. El Padre resucita a Jesús por su Espíritu y precisamente en esta Pascua el Señor transmite su Espíritu a los discípulos.

La acción del Espíritu sobre Jesús es el paradigma y la fuente de la acción del Espíritu sobre la sociedad, sobre la Iglesia, sobre cada uno de nosotros y sobre nuestro ministerio. Por eso he tenido interés en diseñarla porque estamos ante el cuadro general del cual todo lo demás derivará como aplicación.

2.- La triple actividad del Espíritu Santo

La triple actividad del Espíritu Santo ha sido condensada por la teología en estos tres verbos: universalizar, actualizar e interiorizar.

El Espíritu Santo universaliza el mensaje de Jesús y de la Iglesia. Actualiza, hace actualmente presente al Señor. Interioriza, nos hace vivir desde dentro, con una adhesión espontánea y con una identificación más plena, lo que Jesús ha dicho y lo que nos ha mandado como tarea.

a. ***Universaliza (Hech 11,19-23)***

Al universalizar, el Espíritu Santo ensancha y hace estallar los confines estrechos entre los cuales los seres humanos queremos encerrar lo noble y todo lo bueno.

Así lo hizo el Espíritu en la Iglesia desde el principio. La Iglesia de Jesús estuvo en riesgo de naufragar en sus primeros compases en el mundo, y de quedar convertida en una simple secta del judaísmo. El llamado "Concilio de Jerusalén", la figura de Pedro y sobre todo Pablo, fueron los artífices visibles de este ensanchamiento de horizontes. Pero el Artífice invisible de tal ensanchamiento fue el Espíritu Santo. Él es verdaderamente quien condujo a la Iglesia del riesgo de ser una secta más a ser la Iglesia Universal para todos los continentes, para todas las generaciones y para todas las edades. Y así sigue siendo el Espíritu en la Iglesia de hoy.

Hay otros indicadores de esta acción universalizadora del Espíritu Santo. Él es quien empuja continuamente a la Iglesia a pasar *de la división a la comunión*. Él remueve las aguas de la Iglesia para crear una corriente de comunión. Él es también quien conduce a la Iglesia de una actitud bien arrogante, bien recelosa ante la sociedad, a la actitud servicial y de discernimiento ante ella. La Iglesia se ha caracterizado durante siglos por sentirse no solamente madre sino un tanto maternalista. Y a veces, incluso, con un sentimiento de superioridad. Es el Espíritu el que lleva a la Iglesia de esa actitud deficiente a una actitud servicial.

En otras palabras: el Espíritu Santo es quien crea en el corazón de la Iglesia un*dinamismo excéntrico*. Nos hace pasar del eclesiocentrismo y del mundocentrismo, al verdadero teocentrismo. Porque Dios es el máximo valor y Él quiere la salvación de todos, la Iglesia debe dejar de mirarse a su ombligo y ha de estar preocupada por ser mediación de la salvación para el mundo. La Iglesia lleva dentro de sí un Espíritu que no la deja despistarse ni sumirse en su propia autocomplacencia ni en su propia conmiseración. El lamento no es precisamente el género literario que la Iglesia debe conjugar. Tampoco la conciencia de no ser entendida, de no ser comprendida.

Todavía un nuevo indicador de esta acción universalizadora del Espíritu Santo en nuestro ministerio consiste en que nos induce a pasar *del individualismo pastoral a la colaboración apostólica*, de la mera coexistencia en una casa parroquial a una convivencia orante y fraterna en la cual ponemos en común nuestros proyectos, nuestros planes, nuestro mismo interior y nos dejamos también criticar y corregir por nuestros hermanos.

El Espíritu Santo nos universaliza cuando suscita en nosotros el interés y la preocupación por *toda la Iglesia*, principalmente por aquellas Iglesias que por ser más jóvenes, están menos dotadas o ser más tentadas o más trabajadas por la secularización, son merecedoras de una especial preocupación. Él es el que suscita la preocupación por las misiones, el reconocimiento de los nuevos carismas y de los nuevos dones con los cuales el mismo Espíritu regala a la Iglesia.

El Espíritu Santo ensancha en fin *nuestra propia vida espiritual*. Nos lleva a vivir con un corazón ensanchado y no con un corazón estrecho y oprimido por las preocupaciones obsesivas, por la baja autoestima. Ensancha nuestro corazón despreocupándonos en parte de nosotros mismos, para que realmente podamos vivir el impulso de universalidad que nace de Él.

b. ***Actualiza (Jn 14,25-26; 16,12-15)***

El teólogo Walter Kasper, hoy cardenal de la Iglesia escribía: "la acción del Espíritu Santo consiste en actualizar de modo incesante a Jesucristo en su perpetua novedad".

El Patriarca de Antioquía, Ignacio Hazim es autor de una de las formulaciones más bellas de la pneumatología: "Sin el Espíritu Santo Cristo pertenece al pasado, la Escritura es letra muerta, la Iglesia simple organización, la pastoral pura propaganda, la liturgia mera evocación mágica y la moral evangélica una moral de esclavos."

Actualizar consiste en hacer que la acción salvadora de Cristo se haga contemporánea de cada tiempo, de cada época y de cada momento. Tal actualización lleva como contenido fundamental estos tres elementos: el Espíritu rejuvenece a la sociedad, a la Iglesia, y a nosotros mismos; nos hace *creativos y nos infunde el coraje de Jesús*.

- En primer lugar nos *rejuvenece*. La Iglesia, como también la sociedad, por inercia propia tiende a envejecer, a amortiguar su vigor. Pero el Espíritu Santo no la deja descansar. La vuelve hacia el Evangelio y hacia los problemas de la sociedad. Esa es la continua inquietud que induce el Espíritu Santo en el corazón de los cristianos, en el corazón de la Iglesia. Por eso en el Símbolo apostólico se le llama "el que produce vida", el creador de vida, el dador de vida en la Iglesia.

  Hoy notamos en muchas latitudes de la Iglesia como un "síndrome de atardecer", un cansancio escéptico y cauteloso. Este fenómeno se observa en muchos creyentes y en muchos sacerdotes. Curas no solamente cansados, sino fatigados. Una cosa es el cansancio y otra cosa es la fatiga. El cansancio se debe al trabajo fuerte. Para eliminarlo solo hace falta reposar. El reposo descansa. La fatiga es algo más: es un cansancio unido a cierto escepticismo, una cierta "baja moral", una cierta tristeza interior, un ánimo escaso, un coraje reducido para asumir el futuro. Eso es lo que pasa en muchos lugares de la Iglesia. Puede pasar también en muchos, en bastantes, en algunos de nosotros.

  Tenemos que confrontar esta tendencia espontánea a envejecer, tan natural y tan justificada por muchos factores, con la virtualidad actualizadora del Espíritu Santo. No para autoculparnos ni simplemente para estimular nuestra reacción, sino para*reconocer*, en un acto de fe, que es el Espíritu Santo quien vivifica a la Iglesia. Para adorar ese Espíritu que renueva la faz de la tierra. Para realizar un acto de fe contra todas las apariencias. La misma fe que ponemos en la Eucaristía, contra todas las apariencias de nuestros sentidos, con la cual reconocemos que hay algo más profundo que lo que ven nuestros ojos y sienten nuestros sentidos. De la misma manera tenemos que realizar también un acto de fe en que el Espíritu está presente en su comunidad, en la humanidad, en mí.

  A la luz de la fe tenemos que descubrir los pequeños signos de esta presencia activa del Espíritu en la Iglesia universal, en la Iglesia diocesana, en nuestras comunidades y en nosotros mismos. Lo detectaremos a no ser que un pesimismo enervante haya nublado nuestra mirada. Si miramos bien, con ojos limpios, con ojos no cargados de tristeza como los de los discípulos en el Huerto de los Olivos, encontraremos en la sociedad, en la Iglesia y en nosotros mismos signos de la presencia activa del Espíritu.

- En segundo lugar, el Espíritu nos actualiza haciéndonos *creativos*. La Iglesia se encuentra minorizada en el sentido sociológico de la palabra. Se encuentra debilitada en una sociedad sumamente poderosa que tiene instrumentos configuradores de la mentalidad y de la sensibilidad de las personas.

  Esta Iglesia minorizada no puede ser nunca una Iglesia acomplejada. Debe tener una imaginación creativa mayor que en otras generaciones. Él, que es Espíritu creador, nos hace creadores. Pero para crear hay que creer. Unamuno decía "la fe no es creer lo que no vimos, sino crear lo que no vimos". Nosotros invertimos justamente la expresión unamuniana.

  La creatividad del Espíritu nos llevará, en primer lugar, a estar disponibles ante lo imprevisto, porque el Espíritu es Señor. Lo dice también el símbolo: "Señor y dador de vida". No solamente es dador de vida, es también Señor. Y por eso no se deja atrapar por las previsiones excesivas. El riesgo de la teología de la Reforma fue querer encerrar al Espíritu en la Palabra. El riesgo de la Iglesia Católica ha sido querer encerrarlo en la

jerarquía. Algunos quieren encerrarlo en una ley estricta que haga imposibles todos los riesgos. Otros quieren encerrarlo en una experiencia emocional. Otros han querido encerrarlo en la revolución. Pero el Espíritu Santo es Señor y no se deja encerrar en ninguno de estos esquemas, ni de interpretación ni de transformación del mundo.

- En tercer lugar, el Espíritu Santo nos actualiza infundiéndonos el *coraje de Jesús*. Esta fue la más visible transformación que operó en los apóstoles. Nos dicen los textos de los Hechos que salían gozosos de los tribunales que los condenaban o los reprendían. Dicho estado vital es hoy mismo patente en tantos creyentes testigos de la fe, entre vosotros, en el mundo de las misiones y también en la intemperie de la sociedad europea. No se trata de personas extraordinarias. Son como todos; tienen sus pequeñeces, como también las tuvo el cura Brochero. Son a veces incluso criaturas frágiles. Pero no son ellas. Es el Espíritu Santo quien las mueve y las capacita para hacer posible lo imposible.

  Bernanos ha dejado retratada esta verdad de nuestra fe en "Diálogo de carmelitas". Una carmelita llena de miedo patológico, que en el tiempo de la revolución francesa, cuando teme que su convento pueda ser invadido por la revolución, lo abandona. Sus hermanas de hábito son capturadas y conducidas en una carreta a la guillotina. En esa carreta van cantando el "Veni Creator, Spiritus". La muchedumbre se agolpa a su paso y entre ellos la joven fugitiva, al ver y oír a sus hermanas, siente que todo su miedo patológico se convierte en valor. Se abre paso y se sube al carro de las hermanas para compartir con ellas la gloria del martirio. Es una manera plástica de mostrar lo que el Espíritu es capaz y hace todos los días en la Iglesia, si tenemos ojos para verlo.

No se trata solo de testigos individuales. La floración actual de grupos y movimientos es signo y fruto de este Espíritu. Como lo afirmaba Juan Pablo II el día de Pentecostés de hace algunos años, estos movimientos en su conjunto son un fenómeno suscitado por Él. Requieren un discernimiento. Tienen bastantes e importantes deficiencias. Pero todos ellos tienen una inspiración evangélica y una serie de cualidades y carismas que no pueden sino ser contemplados como un regalo del Espíritu a la Iglesia.

El Espíritu nos tiene que dar coraje a nosotros, sacerdotes y obispos, para dar testimonio de Jesús aguantando lo que sea y afrontando lo difícil. Dar testimonio de Jesús ante la apática desgana espiritual de muchos cristianos. El Espíritu nos dará también el coraje para no perdernos en lo pequeño, para que no convirtamos "nuestros problemillas en problemazos". ¡Cuántas veces solemos quedar bloqueados por no saber relativizar nuestros problemas!.

El Espíritu Santo nos dará también coraje para educar nuestro corazón y nuestra sexualidad. Decía un teólogo hace poco en un artículo hablando del celibato, que la sexualidad nos desborda. Por eso es tan importante la acción del Espíritu y la sana cautela.

El Espíritu Santo nos dará coraje para no pactar ni con nuestra pereza ni con nuestro pesimismo ni con nuestra frivolidad. Para confiar a Dios nuestro propio futuro. La experiencia me dice que es más difícil confiar a Dios nuestro futuro que el pasado y el presente. Dejar el pasado en las manos misericordiosas de Dios no es relativamente tan difícil. Aceptar el presente, ya es un poco más difícil. Pero asumir el futuro individual y comunitario, con sus incertidumbres y sus riesgos, cuesta más. Y cuesta más cuanto uno más avanza en la vida y más se acerca hacia el encuentro final.

El Espíritu Santo nos da la capacidad y el coraje para emprender caminos nuevos, recomenzar lo que merece ser continuado a pesar de que hayamos fracasado en el empeño una, dos, tres, tantas veces.

c. ***Interioriza (Gal 5,16-26)***

El Espíritu Santo hace que la persona de Jesús, el mensaje de nuestra fe y los valores cristianos resuenen por dentro y se hagan familiares a los cristianos. Por algo Él es el Dios interior, que nos ayuda a interiorizar. Lo entendía muy bien San Agustín cuando decía: "mientras las palabras producen estrépito por fuera, el Maestro interior (el Espíritu Santo) "intus docet", enseña por dentro".

El Espíritu Santo es como el Guía de un gran museo. Un guía bueno, no como el que sabe de memoria los párrafos que ha de pronunciar. Es el guía que conoce bien el museo, hace descubrir y gustar a la gente las riquezas escondidas en los lienzos y en las estatuas. Realmente Él es el iniciador que nos hace gustar los misterio de nuestra fe. Él nos hace sentir la oración como algo familiar, el desprendimiento de los bienes como algo connatural, la entrega a los pobres como algo vital y el celibato como algo precioso.

Muchos creyentes tienen esta sensibilidad muy poco cultivada. Aceptan, creen todo, pero superficialmente. No han interiorizado, no han convertido el grano en harina, el alimento en carne y sangre propia.

Pasa lo mismo también entre nosotros. Uno observa con qué facilidad y con qué poco dramatismo, al año o a los dos años de ministerio, un muchacho deja todo y "se va" porque "la realización suya se lo pide", o la llamada irreprimible del amor es ya incontenible. Si eso se hiciera luego de un tiempo vivido en espíritu de contradicción interior, con lucha, con combate y con discernimiento, sería más respetable. Pero cuando se hace apáticamente, "desdramáticamente", significa que no se ha interiorizado la vocación, ni siquiera la fe. No digo que no haya casos en los que no haya razones para pedir la secularización. Pero muchas veces en la raíz de la secularización existe una falta de interiorización. No se ha "molido" y pasado a la sangre propia el ministerio que hemos recibido como gracia y como tarea.

Nos corresponde a los pastores promover los dinamismos que favorezcan la interiorización. No hay demasiados en la Iglesia. Son los espacios de oración, las jornadas de reflexión como ésta, el ejercicio del diálogo, el encuentro fraterno. Nuestros programas pastorales se resienten muchas veces de esta falta de interioridad. No tienen alma. No siempre parten de una vivencia profunda de Cristo, de la fe, de la comunidad, del amor evangélico a los pobres. Les falta espiritualidad y sin el Espíritu Santo los planes son tinglado organizativo o voluntarismo puro, o necesidad de sentirse útil, o de amueblar el propio vacío, o de hacer lo que hacen los demás porque, si no lo hago, quedo en evidencia. El Espíritu conduce siempre a la interiorización, a la sabiduría espiritual de la que nace el discernimiento.

- Esta interiozación nos comunica, en primer lugar, el *sabor de Dios*. El espíritu promueve en nosotros una apropiación subjetiva vivencial de Dios. Sin el Espíritu Santo, Dios se nos convierte en un emblema vacío. El Espíritu Santo es el que hace que Dios sea Dios para nosotros, no un ídolo más. Él nos ayuda a vencer la tentación de la idolatría que rebaja a Dios a la categoría de auxiliar. No convirtamos a Dios en auxiliar.

Cuando esto sucede, cuando Dios no es Dios para nosotros, la fe y la misma religión se degradan. Sólo el Espíritu conoce la profundidad de Dios.

- En segundo lugar, esta interiorización, nos familiariza con los *valores del Reino*. Curiosamente los apóstoles comprendieron de Jesús, aún vivo, ciertos valores sólo parcialmente. Más tarde los entenderán mejor de la mano del Espíritu Santo, a través del cual, Jesús se hacía presente en ellos. Así entendieron por ejemplo los apóstoles que el Reino era de los pobres, que el Reino era para todos (no sólo para un grupo pequeño), que el Reino era un don. Su cambio de mentalidad y de sensibilidad fue, en gran parte, obra del Espíritu Santo. Por el Espíritu Santo vamos también nosotros comprendiendo la pobreza, el perdón, la misericordia, el amor privilegiado a los marginados, la importancia decisiva de la contemplación.
  Sorprende que tras lustros y a veces decenas de años de vida ministerial subsistan, en nosotros criterios y sensibilidades tan ajenos al Evangelio. Por ejemplo: el apego al dinero, la afición a lo brillante, la dificultad de perdonar, la cruz como pura desgracia, la instalación en el puesto, la tristeza como fondo de nuestra vida. El Maestro interior está ahí, pero no lo dejamos trabajar.

3.- Nuestras actitudes fundamentales ante el Espíritu Santo

La especial relación que mantenemos con el Espíritu Santo nos llama a una específica afinidad hacia Él.

a. En primer lugar, esta afinidad ha de tener en los pastores una característica singular: la viva conciencia de que él es el protagonista de todo nuestro pastoreo. La acción salvadora de la muerte y resurrección de Cristo se realiza por el Espíritu Santo. Él ha sido enviado para esto. Hay una misión del Hijo para salvarnos y hay una misión del Espíritu para actualizar y realizar la salvación.

   A menudo somos débilmente conscientes de esta saludable verdad de que el Espíritu Santo es el protagonista de todo nuestro pastoreo. Uno de los defectos de muchos pastores es la hiper-responsabilidad, que delata una débil conciencia de ser órgano del Espíritu Santo. La ordenación nos hace órgano del Espíritu Santo. Nada más que órgano. Porque la hiper-responsabilidad, la excesiva responsabilidad produce ansiedad y la ansiedad se traduce en impaciencia, en intransigencia y en intolerancia. De esta manera acaba poniendo nerviosos a nuestros colaboradores, nos dificulta la oración pacífica y sosegada y nos somete a un gasto excesivo de energía psíquica. Muchas veces encubre cierta inseguridad, que quiere, de alguna manera, compensarse con la hiper responsabilidad.

b. En segundo lugar, esta afinidad lleva a reconocer su *presencia en los otros*, en las personas, en los grupos, comunidades y movimientos. La relación de los pastores con el Espíritu Santo tiene otra vertiente específica: que el Espíritu Santo está en nosotros, pero también en otros pastores y fieles. Incluso actúa fuera de los confines visibles de la Iglesia como nos dice en varios lugares el Concilio Vaticano II.

   El Espíritu Santo es fuego, pero este fuego no sólo arde en mí. Está distribuido en forma de lenguas en otros muchos. El pastor es aquél que ha de descubrir y acoger lo que el Espíritu

Santo revela a sus hermanos pastores, religiosos y laicos. No hay otro camino para este menester que la escucha, la consulta y el diálogo. El diálogo no es simplemente una necesidad para la humanización, ni un arma práctica, sino una manera de creer en un Espíritu Santo que está, no sólo en mí, sino en otros muchos, de mi entorno, con los cuales tenemos que aproximarnos hacia la verdad plena.

c. La tercera dimensión es la de *aprender a discernir*. El Espíritu Santo no sólo es Espíritu de creatividad y de coraje, es también Espíritu de discernimiento. Discernir es una tarea común y sempiterna de todos los cristianos. Pero en el pueblo de Dios algunos hemos recibido en la misma ordenación el carisma de discernir lo que se refiere a la fe, a la moral evangélica, a la unidad eclesial, a las acciones apostólicas y misioneras. Ser pastor equivale en buena parte a discernir.

Hemos de recordar que el Espíritu Santo siembra su carisma en los creyentes, para que enriquezcan a la Iglesia y sirvan al mundo. Los carismas son dones que los creyentes recibimos primariamente para utilidad de los demás.

En ese capítulo nosotros, los presbíteros y obispos, tenemos tres tareas con respecto a los carismas. En primer lugar *suscitarlos*. Es el Espíritu quien los suscita pero utiliza frecuentemente la mediación del ministerio ordenado. No hablo de carismas extraordinarios, sino del carisma de atender a los enfermos, de ser capaz de ofrecer una catequesis, de organizar una serie de actos de pastoral. Los carismas de muchas personas están dormidos. A los curas y obispos nos toca ser "ministros de la inquietud", que van buscando carismas dormidos o potenciales: un catequista, un animador musical de la liturgia, una persona dotada para los enfermos, un educador. Nuestra misión no consiste en acaparar los carismas de la comunidad, sino en descubrirlos en los demás. He aquí una de las características del pastor animado por el Espíritu. Hay pastores muy trabajadores que no saben descubrir los carismas a su alrededor que están escondidos en las cualidades de la gente.

La segunda tarea con respecto a los carismas es precisamente *discernir*. Los carismas como procedentes del Espíritu son puros y limpios. Pero cuando un carisma se encarna en una persona, en un grupo de personas, en un movimiento, en una institución, se mezcla de carne y de sangre. El discernimiento es la cualidad de distinguir y, en la medida de lo posible, de separar el trigo de la cebada, o del centeno, o de la avena y, sobre todo, de la cizaña. El discernimiento es una ayuda que el ministerio ordenado ofrece para que el carisma se purifique de sus adherencias carnales sin desnaturalizarse y se enriquezca con aquello de lo que carece. Los criterios para este discernimiento no son ni mis gustos, ni mis querencias particulares, ni mis opciones espirituales. Son básicamente dos: si los presuntos carismas son conformes a la fe y si generan unidad eclesial.

La tercera tarea del ministerio ordenado respecto de los carismas es *armonizarlos*. Los carismas encarnados en personas y grupos sienten, a veces intensamente, la tentación del aislamiento y de la confrontación con otros carismas e incluso con la institución eclesial. El presbítero recibe en el "lote vocacional" el carisma de aunar, conciliar, armonizar. Por ello el carisma presbiteral se caracteriza por su alto índice compatibilidad con diferentes carismas. Podríamos decir que el carisma presbiteral es el del "director de coro", que, respetando la personalidad de las voces, logra que todas ellas "empasten" sin perder su cromatismo.

Es ocioso recordar que un presbítero no puede ejercer esta triple labor en solitario, sino unido al presbiterio, en consulta con el obispo. El discernimiento es un acto comunitario.

d. Limpieza de corazón, docilidad, fidelidad, humildad:

Un corazón limpio "ve a Dios". En otras palabras, descubre con mayor facilidad las huellas y signos del Espíritu Santo. Las personas dóciles a Dios tienen menor riesgo de confundir la voz del Espíritu con el estrépito de sus propias ideologías, intereses y proyectos. Las personas fieles preparan con su respuesta a Dios ulteriores llamadas e invitaciones del Espíritu. Las personas humildes buscan al Espíritu en el consejo que recaban de los demás y no se dejan cegar por el orgullo que impide abrirse a lo que Dios quiere decirnos a través de los demás.

Siguen siendo válidos y útiles, pues, las reflexiones y recomendaciones de los autores clásicos de teología espiritual.

María acogió con limpieza de corazón, docilidad, fidelidad y humildad al Espíritu que hizo en ella las maravillas que hoy admiramos y agradecemos.

IX Encuentro Nacional de Directores Espirituales de Seminarios

El Encuentro Nacional de Directores Espirituales se realizó del viernes 2 al domingo 4 de Agosto de 2002 y contamos con la presencia del P. Roberto Mercier (sulpiciano) que nos orientó acerca de la "Lectio Divina". Su experiencia de formador sulpiciano (asociación sacerdotal dedicada precisamente a la formación del clero diocesano) y de biblis-ta fue sumamente enriquecedora.

Nos recordó el valor central que tiene el contacto cotidiano con la Palabra de Dios recorriendo la experiencia milenaria de la Iglesia y las indicaciones del Magisterio sobre este aspecto fundamental en la vida cristiana y sacerdotal. Fueron muy ricas sus indicaciones pedagógicas a fin de introducir progresivamente a nuestros seminaristas en este camino de encuentro con Dios en su Palabra.

El año próximo realizaremos nuestro X Encuentro de Directores Espirituales del viernes 22 al domingo 24 de Agosto en "Retiro Betania" de La Falda (Pcia. de Córdoba) y contaremos con la guía del Pbro. Tucho Fernández.

Informes:
P. Carlos Ponza. Director Espiritual del Seminario de Córdoba- 0351-4270808
carlosp@arnet.com.ar

P. Carlos Sánchez. Director Espiritual del Seminario de Tucumán
0381-4310187/4217422
smayor@arnet.com.ar

Casa de Encuentros "Retiro Betania". La Falda (Pcia de Córdoba)- 03548-422085

VIII Encuentro de Teología Pastoral

La realidad Argentina: lecturas teológicas La Falda, 18 de Julio de 2002

El VIII Encuentro de Teología Pastoral se realizó este año como jornada del área el cuarto día de la XXI Semana Argentina de Teología, en La Falda, Córdoba, el 18 de julio.

Fueron dos las motivaciones que provocaron este cambio: a) en el último encuentro varios habían propuesto tratar el tema de la *pastoral social* en el contexto de la nueva evangelización de la Argentina, lo que se justifica aún más por lo acontecido desde entonces; b) la misma*crisis del país*, nos exigió *más austeridad en las propuestas* y no multiplicar excesivamente encuentros, viajes y gastos. Por eso, ha parecido oportuno, a quienes organizamos, ofrecer a los participantes habituales de los encuentros de pastoral -entre ellos varios socios de la SAT- lo que ya estaba organizado sobre ***la realidad Argentina y su lectura teológica*** en la Semana de Teología de 2002.

El tema fue el diálogo teológico-pastoral acerca de ***nuestra realidad Argentina***. La jornada se desarrolló articulada por paneles. El primero titulado ***"Hacia un análisis de la situación"***, estuvo a cargo de Mons. Lic. Juan C. Maccarone, Obispo de S. del Estero e integrante de la Mesa del Diálogo Argentino; la Srta. Lic. Cristina CALVO, economista, miembro del Equipo Coordinador del Diálogo Argentino, de Capital, y Jorge BARBARÁ, politólogo, Doctor en Derecho y Ciencias Sociales, de Córdoba.

El segundo panel buscó hacer ***"Una lectura teológico-pastoral de la realidad"***. Hicieron la presentación de esta lectura: el R.P. Dr. Juan C Scannone sj; el Pbro. Dr. Carlos Schickendantz y el Pbro. Dr. Marcelo González.

Las ponencias de estos panelistas serán presentadas en el libro que anualmente publica la Sociedad Argentina de Teología con todo lo trabajado en la Semana de Teología.

Se hicieron reuniones por áreas para exponer comunicaciones relacionadas con los temas de la semana. En nuestra área se dialogó para que vaya adquiriendo más identidad propia. Se vio la necesidad de ir desarrollando un área interna de Pastoral Social y la posibilidad de un trabajo de recensiones para presentar como aporte a la página web de la SAT. Se propuso para el año próximo contribuir en la reflexión de la actualización de las Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización, cuando el Episcopado presente el Documento de Trabajo.

La posibilidad de participar en la Semana de Teología permitió ver mejor la integración que tiene esta área en el marco de la Sociedad. Pero al trabajar específicamente un día dificultó la participación de algunos integrantes, sea porque no pudieron ir, o también porque participaron de otras áreas en la cuales desarrollan su actividad académica.

Pbro. Pablo M. Etchepareborda

Encuentro anual de formadores - Córdoba 2003

Los formadores del Seminario de la Arquidiócesis de Córdoba, ya han enviado una carta a todos los Seminarios, en donde nos acercaron las informaciones que están señaladas sintéticamente en este espacio. Agradecemos la generosidad que nos van demostrando en el trabajo que están realizando para recibirnos en su Casa.

Fecha: al 7 de febrero

Lugar: eminario Mayor Metropolitano Ntra. Sra. de Loreto
rquidiócesis de Córdoba - Av. Vélez Sarfield 539 - CORDOBA - CP 5000
)351)427-0808 / Fax (0351)423-9315 - dferreira@arnet.com.ar

Tema: .as mediaciones pedagógicas al servicio de la formación inicial"

Expositor: bro. Miguel Ángel Pérez Pueyo. Director General de los Operarios Diocesanos.

Costo: e acuerdo al presupuesto presentado y teniendo en cuenta la situación económica, no uperará los $140.-

Informes e inscripciones: . Daniel Ferreira: dferreira@arnet.com.ar
ara poder prestar un mejor servicio y favorecer la organización, los anfitriones nos piden or favor que enviemos la ficha de inscripción que fue remitida a todos los seminarios, al eminario de Córdoba, dirigida a P. Daniel Ferreira, antes del 15 de diciembre.

Arribo: a referencia más clara es la Plaza Vélez Sarsfield, frente a la cual se encuentra el eminario; la dirección es: Vélez Sarsfield 539.
arriban en colectivo, la terminal de ómnibus no se encuentra lejos (aproximadamente nas 12 cuadras). Pueden desplazarse en taxi desde allí (deben ser algo así como $2). Si egan por avión, el aeropuerto está un poco más distante (unos 10 Km. del centro), desde cual pueden llegar en ómnibus (averiguar el Nº, tiempo de viaje y dónde los deja) o en axi (averiguar costo y duración del viaje).
ara quienes lleguen en vehículo propio, los anfitriones han dispuesto todo para que los ehículos sean guardados en una Playa de estacionamiento que el Arzobispado tiene en el entro, a unas cuadras del Seminario Mayor. El arribo sería al Seminario Mayor, se escargaría, y después se los acompañarán a dejar el vehículo en la Playa. En ww.osar.org.ar podrán encontrar los planos con referencias para los distintos modos de egada.

Indicaciones varias: ecordar traer: Sábanas, frazadas y toallas (no se dispone de servicio de préstamo o quiler de estos elementos). Alba, cíngulo y estola. Breviario. Ventilador para la abitación.
os anfitriones solicitan que si alguno de los participantes requiere algún tipo de dieta special, y algunas indicaciones de la misma, si es posible les sea comunicadas con nticipación.

Cuota OSAR:
Como todos los años, en el Encuentro se cobrará la cuota anual de la OSAR.

Cuota ayuda	$ 200
Cuota Seminarios Mayores	$ 170
Cuota Seminarios Menores	$ 85

Regiones

- ***Región Litoral***

  Tuvo una Reunión de Región el 6 de septiembre, en la cual los formadores trataron el tema del *discernimiento y acompañamiento de las vocaciones adultas*.

- ***Región NEA***

  La Diócesis de Posadas abrió su propio filosofado, al que son enviados los seminaristas de la Diócesis de Iguazú.

  La Diócesis de Santo Tomé, también abrió el filosofado.

- ***Región NOA***

  Del 1° al 3 de mayo se realizó el Encuentro Regional de Seminaristas en Tacanas (Tucumán). Los comentarios señalaron una evaluación muy positiva. Fijaron la fecha para el próximo Encuentro el 1° de mayo de 2003.

  El 15 de octubre los seminarios del NOA tuvieron su Reunión de Región, en la que conversaron *sobre los seminarios menores y el trabajo que se realiza para el paso a los seminarios mayores*.

- ***Región Buenos Aires***

  Se ha reunido el 20 de junio, en donde trató el tema de la *situación de la crisis social y económica en la vida de los seminarios y los desafíos para formación*; el 20 de septiembre en la que los formadores han trabajo sobre el Instrumento de *consulta para un diagnóstico sobre el formador*, solicitado por la OSLAM. La última reunión fue el 4 de noviembre en la cual los formadores compartieron el *análisis de las situaciones sacerdotales difundidas en los medios y las repercusiones en los seminarios*.

  El 20 de septiembre, se realizó el Encuentro Regional de Seminaristas bajo el lema "Consuelen a mi Pueblo". Los seminaristas trabajaron en talleres por áreas de pastoral.

  La Diócesis de Avellaneda-Lanús, abrirá el año que viene su Seminario, empezando con el Curso Introductorio.

- ***Región Sur***

  Se ha conformado la Nueva Región pastoral, conformada por las diócesis de Alto Valle del Río Negro, Comodoro Rivadavia, Neuquén, Río Gallegos, San Carlos de Bariloche y Viedma.

Unidos en la oración

Recordamos por este medio el fallecimiento del seminarista de San Miguel Guillermo Muzio del Seminario de San Miguel y del seminarista Juan Carlos Torres del Seminario de Tucumán, sucedidos ambos el 1° de noviembre. La rápida comunicación permitió que las comunidades de los seminarios unidas fraternalmente en la oración acompañaran en esos momentos a las comunidades de San Miguel, de Tucumán, y a los familiares de Juan Carlos y Guillermo.

Página WEB de la OSAR

La OSAR ya cuenta con su página WEB, facilitando de este modo la comunicación, la información y la formación.

En ella podrán encontrar la guía de los Seminarios, estadísticas, una sección con documentos referidos a la formación inicial y a la vida ministerial, artículos varios, subsidios, las Hojas Informativas con los últimos comunicados, etc. Próximamente estarán también todos los Boletines.

Todos aquellos que deseen colaborar con el aporte de material para enriquecer la página, pueden enviarlo a la dirección de mail indicada en la misma.

Agradecemos a todos aquellos que han colaborado para que contemos con este tan importante medio de comunicación.

Noticias de La CEMIN

Fruto de la última Asamblea Plenaria de la CEA, quedó conformada la nueva Comisión Episcopal para los Ministerios con los siguientes miembros:

Presidente: Mons. Emilio Bianchi di Cárcano

Subcomisión Pastoral Vocacional: Mons. Juan Alberto Puiggari y Mons. Sergio Alfredo Fenoy
Subcomisión Seminarios: Mons. Mario A. Poli y Mons. Francisco Polti
Subcomisión Diaconado permanente: Mons. Gustavo A. Help y Mons. Jorge Lugones
Subcomisión Presbíteros: Mons. Ricardo Faifer y Mons. Carlos María Franzini

Secretario Ejecutivo: Pbro. Gustavo Oscar Zanchetta